

**Universidad “Ștefan cel Mare”
Facultad de Letras y Ciencias de la Comunicación
Departamento de Español**

Las demás palabras

A flor de piel

II

Número especial

COORDINADORES:

Lavinia Seiciuc
Cristina Bleorțu
Alba García Rodríguez
Alina-Viorela Prelipcean

COMITÉ DE SELECCIÓN:

Lavinia Seiciuc
Cristina Bleorțu
Alba García Rodríguez
Alina-Viorela Prelipcean

Diseño de portada: Lavinia Seiciuc

Suceava, 2017

ISSN: 2248 – 2253

ISSN-L: 2248 – 2253

A
F
L
O
R
D
E
P
E
T



ÍNDICE

<i>Los años añiles</i> (Laura Rodríguez Ramos)	7
<i>Soledad Serena</i> (Laura Rodríguez, Sergio Sandoval, Hugo Sanz, Sergio Martínez)..	9
<i>Diecinueve años y cuatro horas de sueño</i> (Sergio Martínez Rey) .	17
<i>Sentido del humor</i> (Sergio Martínez Rey).....	23
<i>Fin procedente</i> (Sergio Martínez Rey).....	25
<i>Sonrisa prematura</i> (Sergio Martínez Rey).....	26
<i>Los cuadernos de papá</i> (Sergio Martínez Rey).....	27
<i>Ceguera</i> (Sergio Martínez Rey).....	28
<i>Pubertad</i> (Sergio Martínez Rey).....	29
<i>El día que traté de escribir</i> (Sergio Martínez Rey).....	30
<i>Mutuo acuerdo</i> (Sergio Martínez Rey)	31
<i>La otra pobreza</i> (Sergio Martínez Rey)	32
<i>Las camelias florecen en invierno</i> (Sergio Sandoval Moreno).....	33
<i>El piano</i> (Hugo Sanz Beaudry)	38
<i>El cementerio de Venecia</i> (Hugo Sanz Beaudry)	63
<i>El arte total</i> (Laura Rodríguez Ramos & Hugo Sanz Beaudry).....	70
<i>Eleonora</i> (Sergio Martínez Rey y Laura Rodríguez Ramos).....	72

Recuerdos añiles

Laura Rodríguez Ramos
Universidad de Oviedo

– Siéntese.

Avanzo hacia el asiento de madera y me giro para darle la espalda. Una enorme esfera de engranajes pende como un hilo de la aséptica pared, impasible a mis requiebros: miro las hebras de tiempo deshaciéndose a mi alrededor, entrelazándose en el abismo del silencio, retorciéndose de súbito y agrupándose en torno a mi garganta, y la presión de aquella sogá sobre la laringe me provoca un mareo, oleaje intenso dentro del cráneo que pule los guijarros al borde del continente que forman mis recuerdos.

Caigo sobre la silla como un cadáver.

– ¿Cómo se encuentra hoy?

Mis pupilas sumergen su imagen en el líquido que las acaricia, salado, como el mar, muerto. No le he entendido, tal vez por aquella lengua bífida con la que suele preguntarme las cosas cada semana, cada mes, cada año, y así siempre, durante siglos, desde que estoy aquí, pulcra entre cuatro paredes que a veces parecen el cielo encapotado de un trabalenguas del que jamás seré capaz de desprenderme, que se me enreda y desenreda, una y otra vez, una y otra vez.

– ¿Cómo se encuentra, señorita Heredia?

– Bien.

– ¿Qué significa bien para usted?

Bien significa 'bien', pienso. Y entonces le sigo mirando y se me salen los océanos por los lacrimales, y me asusto mucho porque eso quiere decir que el mundo que guardo dentro de mi cráneo podría desecarse, y que los polos se descongelan a pasos agigantados, y que ya poco se puede hacer por su flora y por su fauna, la que crece y se nutre de mí y de mis reminiscentes ideas, y oigo desplomarse a las aves que volaban, y a mis dulces y aleteadores amigos retorcerse de dolor por falta de oxígeno.

– Bien significa 'bien'.

– Eso ya lo sé, señorita Heredia.

Asiento y clavo, en las juntas de los azulejos que cubren el

suelo, los ojos. Aquellos cuadrados se desdoblaron y se unen, y se reúnen y rehúyen bajo la presión del péndulo colgante que nos vigila: tic, tic, tac, tac, tic, tic, tac, tac, se desdobra el tiempo.

– Esta semana Héctor no ha venido a verme.

– ¿Por qué crees que no ha venido?

– Porque me odia.

– Héctor no odia a nadie, Lucía.

– Sí me odia, y por eso no viene.

Él toma unas notas en su cuaderno desgajado. Maldito idiota, se me viene a la mente, tiemblo sobre el asiento, hay seísmos en los continentes de mi cabeza, y del frío que me entra entre las manos se me hielan y me salen estalactitas de la piel, y caigo al suelo y me empapo, me empapo de lo lejos que me encuentro de ser libre...

Unas manos cálidas, firmes, me arrojan, y una amable mujer me ayuda a incorporarme. ¿Cómo estás, Lucía? ¿Necesitas agua para refrescarte? Deberías tener más cuidado, mira hacia el doctor para que pueda hacer su trabajo, Lucía, y me acomodan suavemente en el asiento de madera en el que mis huesos se clavan.

– Lucía, ¿por qué no viene Héctor a verte?

– Cállate.

– No, Lucía, tienes que contestar a la pregunta.

Silencio. Me asfixio.

– ¿Por qué?

Oigo cómo cae hacia el abismo la silla de madera, y entre las hebras del tiempo que me ahogaba encuentro el eco arremolinado de su risa, y aquella tarde de verano al pie del cañón, y un juego que nos inventamos, y una comida caliente en su sofá, pero el invierno, que rápido llegó en aquel tiempo extraño, me devolvió a la vista su mirada agotada en el sepulcro. En un amanecer consiguió encender, por siempre, el anochecer de mi memoria.

Soledad Serena

Laura Rodríguez, Sergio Sandoval, Hugo Sanz, Sergio Martínez
Universidad de Oviedo

Se despertó hacia las dos de la mañana con la sonrisa a hombros: no había leche en la nevera, ni galletas en el armarito de la ventana. No me avisó cuando se puso las botas silenciosamente, ni cuando se afeitó mientras miraba fijamente el espejo de reflejos azules del baño de mi cuarto.

Mi camisa doblada sobre la silla. La cabeza en pausa sobre la almohada. Se despertó hacia las dos de la mañana. No había arena en el cajón de Feliz, mi gato, que lloraba por el pasillo cuando dieron las dos y cinco. Un avispon hacía ruido en la ventana, en la ventana de mis sueños, yo lo veía pasearse por la casa, en la que no había más que dos sofás, un televisor de plasma, mucho parquet, muy claro, casi etéreo, tres alfombras: una de Nueva York, otra de Marruecos y la última de Holanda. Dos mesitas de noche y dos lámparas. Un sillón de terciopelo negro en el que me gustaba leer mientras él me miraba.

Pero aquella noche, eran las dos de la mañana. Se despertó, se puso las botas mirándose en el espejo azul, se afeitó, buscó galletas, buscó leche, dobló mi camisa sobre la silla, acarició al gato, dio un golpe en el margen izquierdo de la ventana, con el dedo índice, con el dedo corazón, con el anular, y el avispon se fue. Voló lejos, recolectó miel. Yo dormía. El avispon polinizaba flores. Él buscaba sus llaves, llenaba su maleta de la nada que había en mi casa.

Se llevó la alfombra de Nueva York.

Era suya.

Se la llevó, y cuando me desperté, seguía sin haber leche, galletas, avispon. Me desperté y había un gato Feliz al que empecé a ver triste, una almohada aún tibia.

Me desperté a las ocho de la mañana y tuve que volver a empezar. Y pasaron siglos desde aquella primera regeneración.

Lo primero que hice fue ponerme las botas, tirar sus

maquinillas, pintarme mucho la cara. Parecer guapa y empezar a llorar. ¿Qué debía hacer? La alfombra yanqui no estaba. Era una alfombra voladora, y él se había ido a buscar a su Esmeralda, porque yo, claramente, no era una princesa. No quería ser una princesa. Quería ser libre, quería ser una mujer potente, liberal, alegre, una mujer suspendida en la eternidad de los tiempos. No podía ser. Revisé los cajones: efectivamente no había leche y tampoco galletas, por lo que mi mente fabricó una idea absurda, volátil, quejosa... y salí corriendo al supermercado de la esquina, con el fin de conseguir aquello que tal vez no lo hizo quedarse.

- Un litro de leche y galletas María, por favor.
- ¿Semi o entera?
- Semi.
- ¿Las galletas son para tarta?
- No.
- ¿Entonces las quieres finas?
- Sí.
- Serán 3'20.
- Gracias.
- A ti, vida.

Cuando salí del supermercado me sentí ridícula. Ahora en casa había leche y galletas, y 3'20 menos en mi cartera. Pero, de todos modos, él se había ido en su alfombra voladora.

Pedazo de...

Pasaron así como mil años, trescientos tal vez, mil cien. No lo sé. Pasó mucho tiempo desde aquel día, y se me olvidó por completo el amor, la leche, las galletas, y los gatos Feliz que parecen tristes. O tal vez fuesen gatos Triste que parecen felices. Crecí en cierta medida, tal vez no física, pero sí mentalmente. Pasó mucho, muchísimo tiempo, y entonces, conocí a Serena.

Y Serena me salvó la vida. En una angustiada tarde de abril recibí un mensaje del viajero en alfombra yanqui. Pensé que en otros tiempos no habría sido un mensaje sino una carta. La habría quemado. Pero solo pude presionar un par de veces un botón para hacer desaparecer el mensaje. Tras ello fui indignada a la cocina. ¿No tenía suficiente con su nueva vida?

Mis ojos lloraban, no yo, sino mis ojos. Cortaba cebolla. Estaba improvisando una pizza casera y pensé que unas finas rodajas de cebolla acompañarían bien al tomate y la pareja de quesos que había encontrado en la nevera. Metí la pizza en el horno y vi cómo poco a poco el queso cobraba vida. Cogí una lata de cola. Tragué casi dolorosamente la bebida gaseosa. Comencé a presionar la pestaña de la lata. Parecía estar enviando mensajes en código morse. El "tac tac" de la lata actuaba como un compás en mis pensamientos, se ordenaban poco a poco.

Se fue. Tac, Tac, Tac. Se fue hace mucho. Salí adelante. Tac, tac, tac. Sola, pero viva. Un gato más llegó a mi vida. Tac, tac. Pero perdí mi trabajo. Tac. Dos meses buscando algo que no existe. Dos meses deseando haberme ido cuando pude. Dos meses sin poder hacer nada. Aún podíamos comer, mis gatos y yo, quiero decir. Pero el alquiler parecía ser cada vez más difícil de alcanzar. ¿Por qué me escribió cuando todo iba mal? No tenía muy claro si la soledad era un suplicio, un lujo o una manera de desarrollar más cariño hacia mis gatos. En cualquier caso la soledad se iba a terminar. Me levanté. Tiré la lata.

Abrí mi viejo ordenador portátil y colgué un anuncio donde buscaba compañera de piso. Se acercó Feliz y me miró desconcertado. Me preguntaba que por qué estaba haciendo eso, que estábamos mejores solos, los tres. Quería explicarle que estaríamos mejor en otro sitio. Pero soy una humana, y los humanos no saben hablar para los gatos.

Se acababa la vida de princesa encerrada. Yo también tenía derecho a irme volando, a saltar desde la torre más alta del reino. Todo ese tiempo había sido fuerte, capaz de sobrevivir sin depender de nadie. O al menos eso creía. Puede que en el fondo me peinase trenzas deseando que alguien llegara a salvarme.

Miré mi pelo. Me llegaba casi hasta el final de las costillas. Estaba sano hasta las puntas. Me comenzó a repugnar. Corrí al baño y saqué unas tijeras del cajón. Agarré un buen mechón del lado derecho y di un tijeretazo por los hombros. Si quería dejar de tener el lascivo corazón de una princesa frustrada tenía que dejar de hacerme trenzas de sueños absurdos.

Pasé horas entre hojas de libros viejos hasta que mi estómago rugió. Agarré una sartén. La dejé calentar con un poco de

aceite. Me senté junto a la ventana de la cocina, estaba lloviendo. Veía las gotas caer con fuerza. Caían por caer. Llegarían al suelo. Se evaporarían y caerían otra vez. Y volverían a caer. De pronto apareció una mariposa. ¿Entre tanta lluvia una mariposa?

El aceite comenzaba a oler a quemado. Corrí al frigorífico y abrí una bolsa de verduras congeladas para saltear. Las dejé caer. Aún se oía el hielo derretirse y después evaporarse cuando sonó mi teléfono móvil. Fui hacia él y leí un mensaje de un número desconocido:

«Hola, he visto el anuncio en el que buscas compañera de piso, quisiera saber más datos sobre el tema y entrar en contacto contigo. Me llamo Serena. Espero pronto tu respuesta. ¡Gracias!»

Parecía que al fin iba a poder a comenzar a ahorrar para irme pronto de allí. Parecía. Rápidamente, nos pusimos en contacto por teléfono. Era una chica inquieta, pero muy simpática. Cuando le di los detalles, parecieron gustarle, así que me dijo que me llamaría unos días después para confirmarlo todo.

– Vale, espero tu llamada.

Colgué ilusionada, mirando al vacío. Pasaron así como otros mil años, trescientos tal vez, mil cien. Tampoco lo sé. Solo sé que los días que siguieron a esa conversación estuvieron empapados de optimismo. Mi gato empezaba a hacer honor a su nombre, mi correo estaba libre de mensajes indeseados y había empezado un período de prueba como camarera. Todavía no cobraba, pero pronto llegaría el poderoso caballero a mi monedero.

Empecé a adecentar mi piso para que viviese otra persona, pues no lo había limpiado desde que la alfombra de Nueva York había dejado su marca. Su marca de limpieza en un suelo lleno de polvo, su marca de despegue hacia un futuro gozoso y su marca de dolor en un corazón ya inexistente. Pensé en guardar las otras alfombras. Las alfombras cogen polvo. Pueden hacer que resbales. Pero son bonitas. Las dejé como estaban, sin compensar el vacío que había dejado su compañera al marcharse. No hacía falta. Se tenían la una a la otra. Acaricé a mi gato, feliz.

Sé cuánto tiempo pasó. Después de la primera semana, conté el tiempo minuto a minuto, día a día y semana a semana. Serena no llamaba. Me había abandonado. Al igual que el avispon cuando había llegado el frío, al igual que mi larga cabellera, al igual que él... Otra vez sola. Hice lo que no había hecho en mucho

tiempo. Lo eché de menos. Quise coger mi alfombra mágica y seguirle, volver a ser su princesa, dondequiera que estuviese. Pero mi alfombra no era mágica. Era de Holanda, o de Marruecos. Cogía polvo. Podías resbalar con ella. Era bonita. Pero no volaba. Y yo tampoco.

Bebí. Mucho. Y gasté. Mucho. Reservé lo justo para pagar el alquiler y el resto se convirtió en un camarero, en cerveza, en un váter, en vómito, en un atractivo desconocido, en despertarme a las doce en una cama ajena, en llegar al trabajo, tarde, demacrada, poco eficaz, con “características que no responden al perfil que buscamos”, en un despido. En un despido no. Los despidos acompañan a los finiquitos. No fue un despido, no estaba trabajando. Mi última inversión fue el despido. No, no fue un despido.

Conté el dinero. Había calculado mal. No era suficiente. Faltaban 3,20 euros. No era mucho, pero no puedes pagar el alquiler con leche y galletas.

Mis gatos me consolaban. Y yo a ellos. Pero no lo hacíamos. No funcionaba. Intenté volver a leer su mensaje, pero las cenizas de las cartas no se pueden leer. Intenté recuperarla, inútilmente. Un ridículo intento de Borellus informático, incapaz de superar el más insignificante desafío. Eso es lo que era, una princesa sin trenzas, acompañada de un Feliz triste, con una alfombra mágica que no volaba y esperando a una Serena inquieta, a una sirena infante...

La gente casi no usa el teléfono fijo. Yo usaba el móvil, era más rápido. Empeñé mi teléfono fijo y con lo que saqué, pude hacer una compra modesta. Salí del supermercado con cinco céntimos que un mendigo me pidió.

– Toma, pero tienes que devolvérmelos en un mes.

Pasaron unos días más, durante los cuales Serena no me llamó. O quizás lo hizo al fijo. Para ahorrarme las comisiones del banco pagué en mano al casero. Supongo que si eres guapa puedes pagar una parte con leche y galletas. Soy injusta. Si tiene un casero bueno puedes pagar con leche y galletas seas como seas. El mío lo era, pero no era rico. Si al final del mes no le pagaba, tendría que irme para dejar el piso libre.

¿Por qué no venía Serena a salvarme? O mi príncipe con su alfombra voladora, para ahuyentar todos los problemas con su

caballo blanco y su espada mágica. Yo sabía que no volvería, pues yo ya no era su princesa, pero él todavía era mi príncipe. Hasta que dejó de serlo al final del mes. Era la mañana del día treinta y uno. Había hecho las maletas para marcharme, pero en el recibidor me llegó un mensaje. No era Serena, era él. ¿Debía quemar la carta? ¿Sería la reconciliación que ansiaba? ¿Volvería a sumirme en las profundidades de la desesperación, donde los mayas juegan a la pelota? Miré indecisa a mis gatos huesudos. A Feliz, triste, y a Soledad, que tanta compañía me había dado. Pasaron así como dos segundos, tres tal vez, mil cien. Tampoco lo sé. Pero anocheció. Bajo la mirada del ojo de Febea, no me decidía a arrojar la carta a la chimenea.

Y sonó el timbre. Y empezó a llover maná. Y la paloma volvió al arca. Y Feliz se alegró. Porque bajo el dintel estaba Serena. No fueron necesarias las palabras. Era ella. Lloré. Por fin, de alegría. Comprendí que sólo había sido un bache, pero volvía a estar a la misma altura a la que estaba cuando le colgué el teléfono. Dejé la carta en la repisa de chimenea que hay en mi bolsillo. Mis lágrimas discurrieron por su espalda y, tras trescientas veinte generaciones de avispones, me separé de ella. Empecé a reír, poseída por la alegría. Comprendí que no le había echado de menos a él, sino a la felicidad que había tenido cuando estaba conmigo. Que él no volvería, pero que aunque lo hiciese la felicidad no lo acompañaría. Vi que su espada mágica estaba oxidada, que su caballo blanco tenía manchas grises y que su alfombra mágica cogía polvo. Y podías resbalar con ella. Pero era bonita. Muy bonita. Alejé la carta del fuego e invité a Serena a entrar.

Los días y las noches se sucedieron. No, no se sucedieron. Tan solo sucedieron, pues, cada doce horas, esos momentos felices huían en alfombra mágica dirección Nueva York para no regresar, dejando espacio a otros nuevos que se anunciaban en albas serenas. Mi corazón se vació de mensajes cenicientos con sabor a azufre y cachemira. Unas manos de sosiego me arrastraron desde las sórdidas profundidades de mi noche hacia un costero amanecer despejado, sin nubes capaces de ocultar un objeto volador identificado pero no deseado. La asfixiante soledad ya no me asfixiaba con sus amenazadores avispones de agujijones tortuosos. Mi suplicio cesó. Hasta que Feliz también me abandonó.

Serena y yo invertíamos nuestras tardes ociosas en

acciones de bajo rendimiento pero beneficio seguro: BARAJAESPAÑOLA-42, PELIS.ANTI.GUAS.LTD O NINTENDO.SA (se había traído una Wii). No nos gustaba salir. Simplemente no nos gustaba, creo que no hay otra explicación. Así, una rutina deliciosamente soporífera comenzó a invadir cada esquina del piso, atrayéndonos como el mar en calma, su marea plácida acariciándonos cual barcas a la deriva. Todos los días, cuando volvíamos del trabajo, recuperado en apenas una semana, comenzábamos una encarnizada batalla de tute que no concluía hasta la hora de la cena. En esos instantes de tensión máxima, Feliz acudía a acompañarnos desde su balcón, actuando como testigo imparcial de la masacre que tendría lugar sobre la mesa del salón. Sin embargo, aquel lunes no apareció. Aquella vez yo gané la partida. No obstante, ni siquiera asomé tímida una sonrisa. No había nadie con quien compartir mi victoria. Feliz no estaba. No estaba. No estaba en ningún sitio. Lo busqué. Lo busqué desesperada por todas partes y no hallé más que signos de su ausencia: su agua sin beber, su inodoro cajón de arena, sus cabellos flotando despreocupados en el aire, ajenos a su dueño. Pero faltaba su pelota. Era suya y él se la había llevado. Feliz no estaba. Lo busqué pero no estaba. Ni él ni su pelota.

Enloquecida de dolor, descubrí que en realidad la soledad seguía allí, oprimiendo ferozmente mi espíritu. Era mi losa. Mía. Ya no se trataba de una situación puntual. Con el tiempo se había convertido en condición inherente de mí misma. Yo misma era la misma. La misma torpe que se pintó la cara para contemplar un engendro desde su espejo. La misma insensata que se gastó todo lo que poseía en leche y galletas. La misma inconsciente que le brindó a un gato de pesadumbre el nombre de Feliz. La misma Soledad.

Lloré amargamente en el centro mismo de mi cuarto, el lugar donde todo había empezado. Lloré en silencio, tan bajito como solo puede ser semejante llanto. Pero Serena me escuchó. No oyó mis patéticos gimoteos, ni mi respiración entrecortada, ni siquiera las lágrimas tamborileando contra el suelo, sino que me escuchó a Mí. Por eso se acercó sigilosa y me abrazó sin preguntar nada. No pronunció ni una sola palabra. No se cuestionó mi desazón. Yo, por mi parte, sentí su calor humano, su contacto salvador y heroico, su fuerza luminosa y blanca. Me atravesó de lleno, penetrando limpiamente en mi oscuridad. Por fin me aventuré a levantar la vista

hacia la luz. Mi alma no sufría ya su autoinflingido tormento y, sin embargo, mi llanto no cesó. Me abandoné a su cariño.

– No me dejes nunca– supliqué.

– Nunca.

Esa fue su respuesta, directa, valiente, acogedora. No obstante, su voz sonó grave, ronca y lejana como mi recuerdo. No era suya, pertenecía a otra persona, pero sus palabras eran sinceras. Me lo parecieron en aquel momento. A pesar de la añeja amargura, de mis vivencias, no retrocedí y confíe. Ciegamente, como no lo hacía desde hacía milenios. Construí un avión de papel con todas sus cartas y lo arrojé al vacío de la inmensidad nocturna. Desde aquel instante me fundí con ella. Dejé de ser Soledad y me transformé en Serena. Serena, para siempre.

Diecinueve años y cuatro horas de sueño

Sergio Martínez Rey
Universidad de Oviedo

Me encuentro solo, en el incierto centro de una cola recta en teoría pero serpenteante en la práctica. Aguardo, intranquilo, a que esos últimos dos minutos se sucedan para huir despavorido del inclemente frío matinal, que atenaza impiamente la piel de toda una línea de vaho y somnolencia. En verdad todo se hace más llevadero con unos auriculares aprisionando mi conciencia, aislándome del mundo con sus graciosos bucles de melodías aleatorias. Sin embargo, no puedo evitar pensar en su hipocresía: aunque existan 1327 posibilidades bien diferentes, siempre terminan sonando las mismas canciones. Desconozco la razón exacta, pero es así.

Siempre igual.

La cuestión es quejarse, y durante estos dos condenados minutos tengo licencia sin reservas para ello. Faltaría más. Diecinueve años y cuatro horas de sueño de experiencia evidencian mi autoridad indiscutible para quejarme de lo asquerosamente frías y solitarias que son las colas en la mañana.

Hasta que llega ella. Ella, con su contoneo altivo pero (yo lo sé) inseguro, su cartera de recién caída universitaria, tan nueva y brillante como su dueña, su mirada esquiva pero penetrante, rodeada de un insondable muro de madrugadoras pestañas negras y minuciosas, y sus labios de tembloroso burdeos. Lo único en lo que puedo pensar al contemplarla, en su mal disimulada candidez, es que lleva demasiada ropa. La culpa es del maldito frío. No obstante, el calor malicioso y pueril de su cercanía compensa de algún modo la realidad glacial. Una canción termina y comienzan los acordes de la siguiente, pero esa está totalmente fuera de lugar, así que salto a la posterior. Esa tampoco. No. No. Para nada. Esta es perfecta. Carraspeo levemente, froto mis manos quejumbrosas y chirriantes y continúo la irritante espera.

Finalmente el conductor, surgido por generación espontánea de la cafetería, parece encaminarse hacia el inicio de la cola cuan

patética procesión de Semana Santa, a paso indignantemente lento y deteniéndose en cada dársena, supongo que a modo de alabanza al patrón de los cochero obesos. No parece percatarse de que la totalidad de sus futuros pasajeros vuelcan indefectiblemente sobre su persona un odio inversamente proporcional a la temperatura del ambiente. Parece obviar también el inquietante hecho de que, en estos momentos, es objetivo prioritario de la furibunda mirada de una funcionaria que no es otra que la ominosa cabeza de la serpiente.

Sé que es funcionaria, probablemente administrativa, por cómo viste y porque lo refleja su rostro. No necesito más pruebas. Recuerden que tengo diecinueve años y cuatro horas de sueño y eso me da derecho a sacar conclusiones precipitadas. Me aventuro además a pensar que seguramente el autobús anterior haya partido en sus mismas narices y por eso se encuentra en su ventajosa posición, pero con la rabia incontenible de un lobo de hambrienta burocracia.

Pues bien, haciendo caso omiso a los ojos depredadores de la primera señora, el conductor lanza un sentido suspiro al aire, que se ve correspondido por una fugaz cortina de vapor grisáceo, y se adentra con expresión indescifrable en el vehículo. La ofídica hilera comienza, a su vez, a internarse en su ansiada madriguera mientras yo extraigo la cartera del bolsillo izquierdo de mis vaqueros y murmuro partes sueltas de una canción en inglés con mayor o menor fortuna. La cuestión no es saber inglés, sino parecerlo.

Al fin es mi turno de subir uno a uno aquellos cuatro escalones de salvación. Deslizo mi tarjeta sobre el escáner junto al asiento del inexpresivo conductor y, al tiempo que suena el pitido único de aceptación, levanto la vista para observar el panorama de asientos disponibles. Es el momento crucial de elaborar una estrategia y debo ser rápido. ¿Derecha o izquierda?, ¿adelante, atrás o por el medio? Mi cerebro trabaja todo lo velozmente que puede a estas horas de la mañana y, en apenas tres segundos, se decide por una pareja de asientos completamente vacía en la hilera de la derecha, próxima a la salida central del autobús. De este modo, evitaré cambios innecesarios en mi posición; como en la fila, me situaré solo y en el centro. No obstante, en el mismo momento en que me dejo caer sobre el respaldo más cercano al cristal, recuerdo a aquella chica del final de la cola y, con una media sonrisa garabateada en mi

rostro perezoso, deseo con todas mis fuerzas que sea ella la encargada de acabar con esta mi irresistible soledad. Rápidamente coloco mi mochila en el asiento contiguo para disminuir, con sutileza pero acierto, las posibilidades de que ningún otro pasajero se plantee siquiera elegirlo como propio. Este lugar está reservado para otras posaderas.

Las mismas variopintas y desdibujadas figuras de todos los martes se van sucediendo, mientras yo, con aparente distracción, observo el reflejo de su caminar a través de la cristalera del mi flanco del autobús. Busco su contoneo distante con creciente interés y no puedo evitar un ataque de repulsión hacia un hombre que no encuentra su dichoso billete y detiene desvergonzadamente la entrada constante de pasajeros durante diez preciosos segundos. Sin embargo, tras el molesto señor trajeado, aparece ella, con su mirada álgida y su cálida presencia. Vuelvo a sonreír y, a fin de no mostrar abiertamente mi táctica, coloco la mochila bajo mis pies y dejo vacío el asiento vecino sin que ella se percate del audaz movimiento. Lo sé, no me corto, pero siento que esta es la única manera de amenizar mi trayecto hacia la uni. No soy un romántico, ni mucho menos... Cambio de canción. No. Puede... no, mejor no. Esta sí. Solo es mero divertimento.

Perdido en mis pensamientos y sin poder hacer nada por impedirlo, contemplo la ineludible destrucción de mi plan cuando el hombre del billete extraviado se sienta a mi lado con un premonitorio y fatal gesto de saludo elaborado amistosamente con su mano desocupada. En la otra lleva un periódico. Le respondo parcamente con un asentimiento de cabeza y dirijo un último vistazo desesperado a la chica de Historia (que está estudiando Historia es para mí una certeza) que se aleja lentamente con su sugerente vaivén de caderas y abrigo de marca.

Dejo escapar un débil bufido entre mis labios y tomo la decisión de concentrarme en cualquier otra cosa. Creo que me he sobrepasado. Lo achaco a la idealizada imagen colectiva «chico-chica-autobús» y me sonrío. Después de todo, no era para tanto. Sencillamente quería pasar el rato entre miradas furtivas y oportunos tumbos del automóvil. El autocar arranca y parte de la estación con apenas minuto y medio de retraso.

Desde el fondo del vehículo escucho una melodía familiar. «Un año más» de Mecano resuena débilmente por todo el interior

del habitáculo en movimiento. Vuelvo el rostro a mi espalda y dirijo una mirada cómplice a la causante de aquel sonido. Se trata de una joven, asidua de esta línea, que, con el móvil pegado a su oreja, escucha atentamente cada nota del archiconocido tema. Es discapacitada mental: síndrome de Down. Sonrío, no porque sea un imbécil y me divierta esta gente, sino porque es la única pasajera de los martes a la que le he cogido un poco de cariño. A su vecina, la funcionaria, no parece hacerle tanta gracia como a mí. Empiezo a sospechar que su cara ha permanecido invariable en un gesto de desagrado profundo desde el inicio de los tiempos. Pues que no se impaciente, ya que Mecano no dejará de tocar hasta el final del viaje. No hay más canciones almacenadas en ese pequeño móvil rosa.

Verdaderamente, no tengo nada en contra de los funcionarios. Pero mis diecinueve años y cuatro horas de sueño y el hecho de que mis padres paguen sus impuestos y trabajen en la administración pública me da derecho a criticarlos si no me caen en gracia. Supongo que, desperdigados por el planeta, existan infinidad de funcionarios encantadores, pero a esos jamás los tildaría de «funcionarios». No es esta una palabra que me agrade especialmente. En realidad, no tengo ni la más remota idea de la razón de ser de esta animadversión. Pero tampoco tengo por qué dar explicaciones ni esgrimir argumentos apabullantes para defender mi postura. Simplemente es mi opinión.

Permanezco así, inmóvil y pensativo, durante cuatro Nocheviejas, dejando marchar, sin remordimiento alguno y sin apenas asomarse, canción tras canción en mi reproductor. De pronto, sin causa aparente, me percató de que el señor sentado junto a mí, aquel que ha desbaratado mi infalible maniobra, no es habitual cliente de los martes. Está muy dignamente sentado leyendo el periódico del día con sus circunspectas gafas y su impecable traje de abogado. Su pelo gris brillante y repeinado combina a la perfección con un rostro sereno y ligeramente arrugado. El hombre situado en el asiento de enfrente también lee su diario y aparenta una edad similar, pero su rostro no transmite complacencia, sino indignación, y su ropa, ajada y arrebuja, provoca en mí una impresión de deliberado descuido. No sé a qué publicación corresponden ninguno de esos ejemplares, pero ni me planteo a qué ideología política pertenecen.

Ya casi hemos llegado a la facultad, en la que el autobús se detendrá y expulsará de buen grado gran parte de su contenido. Así que, en previsión del alboroto momentáneo que tendrá lugar en su interior, me dispongo a advertir a mi respetable vecino de que deberá dejarme espacio para salir:

– Disculpe. Me bajo en la siguiente, así que cuando el bus pare...

– Mmm... No sabía que hay una parada antes de la estación – me responde arqueando una ceja– ¿Dónde es?

– Justo delante de la Facultad de Humanidades, en el centro.

– Pues me viene mejor esta, sí. Muchas gracias, me has ahorrado un cuarto de hora de paseo.

En este preciso instante el vehículo cesa de moverse y abre sus puertas, vibrando de impaciencia. El caballero trajeado se levanta en el acto y se despide con un simpático ademán. En la manga derecha de su chaqueta cuelga un gemelo con un símbolo comunista. Rápidamente, echo un vistazo al desarreglado hombre de enfrente y me encuentro, impreso en su periódico, un titular que dista mucho de ser comunista. De nuevo la sorpresa me abofetea gustosamente en el rostro y me hace sentir un idiota integral.

Pronuncio un par de alentadores tacos mientras salgo con parsimonia del autobús. Otra vez, frío y adormilada soledad. El momento ideal para cambiar de canción.

En apenas dos minutos de tortuoso paseo invernal, ya me encuentro en la facultad, a las mismas puertas del pasillo de Filosofía. Me preparo psicológicamente para cuatro horas ininterrumpidas de clase en la misma aula, respiro hondo y me adentro dubitativo en las dentadas fauces del conocimiento. Como siempre, soy de los últimos en llegar. Ocupo mi sitio en cuarta fila y arranco casi con brutalidad los cascos de mis oídos, presa del hartazgo por escuchar las mismas cinco canciones una y otra vez.

Entre peregrinos pensamientos tan irrelevantes como abstractos algo se enciende repentinamente en mi mente y recuerdo, no sin un matiz de curiosa incertidumbre, que hoy empieza a impartirnos clase una nueva profesora. Según tengo entendido lleva veinte años en el cargo, así que no es estrictamente correcto describirla como «nueva», pero al menos lo es para mí.

Un silencio repentino acompañado de un constante

movimiento de sillas me advierte de la presencia de la misteriosa mujer. Se encuentra justo en el umbral de la puerta, observándolo todo con ojos viperinos y un sempiterno gesto de insatisfacción. Es la misma cabeza de la serpiente. La funcionaria asesina. En un momento dado, posa su amenazante mirada en mí y compartimos un instante de sorpresiva observación mutua. Me reconoce. Ya lo ha notado, estoy seguro. Sabe todo lo que me he aventurado a pensar en aquel autocar. Solo cuando concluye su incisivo reconocimiento y se acerca a paso ligero a la cátedra reúno el valor para abrir los apuntes que imprimí ayer a toda prisa. No he tenido ni tiempo ni ganas para leerlos. Primera página: «Las convenciones sociales: principios de la psicología folk». Siento cómo una carcajada de alivio amargo surge de lo profundo de mi diafragma, invadiendo cada rincón de mi temblorosa garganta.

Yo, por mi parte, me mentalizo de que no aprobaré esta asignatura, por lo menos hasta julio, y me pregunto si realmente aquella chica está estudiando Historia. Suspiro, y una parte de mi juventud parece alejarse irremisiblemente adherida al dióxido de carbono. Se lo preguntaré en el próximo autobús de los martes... o mejor no, eso arruinaría el encanto.

Sentido del humor

Sergio Martínez Rey
Universidad de Oviedo

El mendigo llegó tembloroso a su refugio. Se arrebujó en un trozo de lona de circo; se acostó sobre pelotas pinchadas. Miró la lluvia de la ciudad. No le gustaba. Le sugería la imagen de miles de lágrimas cayendo. En los buenos tiempos hacía que las lágrimas desapareciesen entre risas, pero ahora... / aquella tempestad era la suya. El ventanal, surcado de curvos arañazos translúcidos, imprimía en su ser el sello del agua turbia y salada que, arrinconada contra el muro transparente, trataba de huir en su descenso hacia el abismo. Los golpes constantes sobre el cristal, rotundos, desmandadas y desconcertantes palmadas, lo mantenían ensimismado pero despierto sobre la cama.

Sentido del humor... nunca perdido, red de cordura ante sus circunstancias, absurdas, grotescas, inocuo malabarismo intelectual, se le antojaba ya tan ajeno como la alegría, como la calma, como la suerte. Como ella. Ella, que con entusiasmo pueril había aplaudido cada chanza, reído simpáticamente cada gracia, coreado cada mofa y cantado cada ocurrencia. Naturalmente. Sin pedir nada a cambio. Ni una mísera moneda.

Por aquel entonces, él era su trovador, su distracción y esparcimiento, su estrella. Pero, ¿acaso no era ella su musa, su luz? El chiste sin carcajada no es chiste. Un monstruo, una sombra opaca, inmensa, miserable, ridícula, sin una risa que lo acompañe. La broma se convierte así en absurdo. Y este absurdo encuentra acomodo en los latidos vacilantes de un corazón desgarrado como el suyo. Y así surge, de entre la húmeda sima, la ironía. Pero una sin gracia, colmada de pesadumbre, de amarga sonrisa; un sarcasmo cruel, mordaz y tormentoso. El ajado atuendo de un payaso triste.

Aquella misma noche el telón había caído con la pesadez del plomo y el silencio había invadido cada rincón de la escena, áspera e inmundada como la arena. Las súplicas no arrancaron esta vez sonoros silbidos, ni ovaciones apasionadas, ni eufóricos palmoteos, sino un vacío raquítrico y apagado, la nada de delirante

esperpento. Tan solo una sentencia, nada más, flotaba entre las tinieblas disparatadas de la viciada atmósfera: «No puedo tener nada serio contigo».

Y así brotó la maligna flor de la ironía, amarilla y estridente, sobre las solapas de su circense superficie. Y entonces aquella sagacidad se tornó incomprensión. Y el artista fue payaso, y el payaso, triste mendigo. Y esta su misma caricatura se preguntó a su vez qué puede haber más serio que la risa. Pues no existe en este mundo paraguas más impermeable que la jocosidad, capa más cálida que la comicidad o ventanal más firme que el jolgorio. Pero al parecer ella no es capaz de entenderlo. Le falta... sentido del humor.

Fin procedente

Sergio Martínez Rey
Universidad de Oviedo

Su eco me embelesa, me arrastra hacia la insondable sima de la inconsciencia. Hasta hace un instante, me hablaba con monosílabos efímeros y perseverantes, pero, hoy, ha comenzado a cantar. Y con su triste balada, mi cuerpo se ha detenido, expectante. Siento cómo todo se expande, se emborrona y volatiliza. A través de la penumbra de mi ser, entreveo blancas siluetas rodeándome, bailando frenéticas. Son fantasmas de largos vestidos niveos que pretenden reconducirme a su mundo de purgatorio. Pero ya nada importa. Solo existe su nota eterna. Me dejo llevar y sonrío. El sufrimiento se desvanece. Todo termina.

Sonrisa prematura

Sergio Martínez Rey
Universidad de Oviedo

Sintió de nuevo el dolor lacerante, desgarrando sin piedad cada nervio de su cuerpo enfermo. Ni siquiera gritó, apenas fue capaz de lanzar una mirada de súplica desesperada hacia aquellos que la habían hecho retornar de su ensueño. A su alrededor, un corro de figuras fantasmales y níveas se movían frenéticamente, se acercaban y alejaban en una danza sin ritmo ni final de la que ella misma era centro y única espectadora. Escuchaba una música discordante y francamente molesta, un pitido agudo que se repetía hasta la saciedad y no parecía corresponderse con ninguna melodía conocida. Cada vez sonaba más rápido y ella sufría... sufría, nada más. Sus miembros le eran ajenos; su rostro, una máscara de horror inmóvil; su voz, un chirrido de pesadas cadenas. Cada vez más rápido, más dolor. En el ocaso, sus llorosos ojos enrojecidos distinguieron una sombra negra y temblorosa acercarse a ella y tocar su frente con un tacto de ternura. Creyó distinguirla, reconocer un rostro. Logró sonreír con un esfuerzo sobrehumano y sus maltrechos labios trataron de susurrar una sola palabra: «Mamá...». La música cesaba y las sombras y el sufrimiento se desvanecían. Y con una sonrisa de despedida, la pequeña se dejó llevar.

Los cuadernos de papá

Sergio Martínez Rey

Universidad de Oviedo

Ya no podíamos contar con él. Los cuadernillos descansaban sobre la mesa del salón, abiertos y pintarrajeados como las primeras heridas de mi tierna infancia. Recuerdo haber mirado, impotente, mis manitas con los ojos hostigados por aquella pesarosa neblina de fatalidad. Levanté el dedo índice y recordé su rostro. Uno. Le siguió el corazón, arrastrando consigo la calidez de su voz. Dos. El anular se irguió tembloroso junto a la memoria de su tacto. Tres. Ese era el último número que había llegado a enseñarme. Su legado. Estos, los únicos recuerdos que conservo de él.

Ceguera

Sergio Martínez Rey
Universidad de Oviedo

El puñetero ojo de la cerradura permanecía entre estupefacto y hambriento justo debajo del orondo pomo que, sardónico y oxidado, se mofaba de mi desventura con sus destellos de latón envejecido. No existían en ese mundo ventanales de ilusionante infinitud cristalina ni espacio alguno fuera de aquellas cuatro abigarradas paredes de tacto tosco y frío. Mi alimento se limitaba a la vana esperanza de hallar un puzle espurio en el que encajar una intrincadísima pieza suelta. El vacío y el tiempo perennes me constreñían en aquel fatídico cuarto donde solo yo habitaba, asfixiado por una pesada cadena de la que pendía una temblorosa llave.

Pubertad

Sergio Martínez Rey
Universidad de Oviedo

La Inquisición no tardará en llegar. Empiezo por esconder en el cajón inferior de la cómoda todo aquel material susceptible de ser considerado inmoral: documentos e imágenes que suponen para los fiscales la más repugnante de las herejías. Observo el destartado cuarto y trato de adecentarlo en aras de su inminente visita; el orden evitará suspicacias. Asimismo, coloco una ajada Biblia sobre la mesa, justo en el centro. Me aliso la camisa y me abrocho los pantalones al tiempo que escucho el inequívoco chirrido de la puerta al abrirse, acompañado de una voz tintada de infinita autoridad:

– Hola cariño, ¿cómo vas con el trabajo de reli?

El día que traté de escribir

Sergio Martínez Rey
Universidad de Oviedo

Serán solo cien palabras. No hay por qué tener miedo. Y, sin embargo, solo desazón y abismo hallo entre estas letras. Por eso he abandonado ya mi hogar para respirar aires nuevos, he conversado con infinidad de rostros y he besado muchos de sus labios. He regresado, pero el vacío ha retornado conmigo. Los ríos azul real se han secado en mi templo, así que he partido a tierras remotas para proveerme de renovados manantiales, pagando por ello un alto precio. Y todo este periplo para no contar absolutamente nada. La de cosas que se pueden hacer en una tarde poco inspirada...

Mutuo acuerdo

Sergio Martínez Rey
Universidad de Oviedo

Tan solo les quedaba por acordar qué hacían con el incómodo cadáver del mediador familiar. Resolvieron repartirse civilizadamente sus restos. Para él, el tronco superior: su cabeza para ir de copas y hablar de lo complicadas que son las mujeres, y sus brazos para ayudarle con la tortuosa mudanza. Ella, en cambio, se quedó con Carlos de cintura para abajo, como siempre había querido. Fue esta una decisión tan sencilla que parecía que nada hubiese cambiado.

La otra pobreza

Sergio Martínez Rey
Universidad de Oviedo

Al abrir el contenedor, se dio cuenta de que estaba empezando a olvidar el nombre de las cosas. Carraspeó un par de veces y trató de enumerar los incontables residuos que allí permanecían. No tardó más de lo necesario y tan solo le supuso el esfuerzo acostumbrado. Respiró aliviado y se dispuso a recoger parte de los desperdicios, seleccionando aquellos con un mínimo de utilidad. Pronto había terminado y ya se encontraba admirando su ansiado botín. Pero aquella sensación de olvido voraz reapareció. Para retornar a la calma nombró, sin problema alguno, cada tesoro que había recabado. Satisfecho y tratando de ignorar su ignorancia, se encaminó hacia el siguiente depósito: «Aquello que está perdido es mejor no buscarlo».

Las camelias florecen en invierno

Sergio Sandoval Moreno
Universidad de Oviedo

Corrían cuatro relojes en contra de la voluntad de Eduardo. Sabía que lo que estaba ocurriendo era irrefrenable. La piel de Andrea siempre denotaba debilidad: su brillante corazón pulido y su cuerpecito de porcelana se veían a través de ella. Hoy se encontraba en lo que podía ser su lecho de muerte: una fría y triste cama verde de hospital. El reloj de la sala de espera apuntaba cinco minutos para la muerte de Andrea. Los narcisos del Jardín de Eduardo habían florecido y marchitado dos veces desde que Yasmína había sido arrebatada por un monstruo interior que nunca dejó de crecer. Eduardo siempre supo que, de alguna manera cruel, el mundo le arrebataría a su mujer. Recordó su funeral sentado en la sala de espera: Andrea había cumplido 16 años una semana antes de ver cómo descendía el ataúd de su madre hacia la profundidad de la tierra. Las campanas sonaron y las aves echaron a volar. Un cielo azul se fundía en la fría y sucia niebla que daba a la empapada hierba del cementerio. Andrea sujetaba fuertemente la mano de su padre, aferrándose a su vida, negándose a admitir que algún día ella lo enterraría también a él.

– Prométemelo, papi... Prométeme que tú nunca me dejarás...

Los narcisos se volvieron en blancas luces de hospital y las tumbas se derritieron en forma de papeles, horribles formularios para los que Eduardo se tenía que preparar. Un enfermero pasó corriendo delante de Eduardo, parecía que se dirigía hacia donde probablemente yacía sin vida su querida hija. Su corazón se contraía, envuelto en una masa negra de veneno, cada vez que pensaba firmemente que su hija había muerto. Eduardo se tapaba la cara, ya no sabía si por miedo o por vergüenza. Miedo por perder a su hija, o vergüenza por pensar en su muerte de esa manera tan fría. Llegó un médico con no sé qué lamentos y no sé qué palabras que no decían nada más que el hecho de que Andrea había muerto.

Cinco minutos atrás el reloj apuntaba un destino irrefrenable. Cinco minutos atrás Eduardo vio pasar la negra silueta. Cinco minutos atrás Andrea estaba viva, pero muerta.

– ¿Me entiende usted? Eduardo había volado por vestidos blancos, pétalos, partos, fiestas de niños y cumpleaños. Eduardo había sentido caricias, palabras, susurros y abrazos. Pero el mismo enfermero que había pasado antes corriendo le despertaba de ese sueño de recuerdos. Sujetaba una caja de cartón.

– Son las pertenencias de su hija... – dijo el enfermero al ver que el hombre no reaccionaba.

– Yasmina...– pronunció débilmente Eduardo mientras miraba al infinito, concienciándose precozmente del sentido de la muerte. El enfermero, aspirando, intentó decir algo. Pero antes de que dijera una sola palabra fue interrumpido por Eduardo, quien terminaba la oración que había comenzado:

– ... mi mujer murió hace dos años... Y hoy...hoy...– la garganta de Eduardo fue atada por un dolor que secaba su cuerpo, debilitando su voz– Hoy ha muerto mi hija... ¿Usted sabe...? Sus palabras se convirtieron en llanto, pues ya no había ni sol, ni luna, ni estrellas.

La vida de Eduardo ahora era un desierto oscuro en el que su garganta se cortaba tragando arena. Con la respiración congestionada y agitada, su cuerpo se estremecía bajo el control de su sollozo, apoyando su cabeza sobre el enfermero. De su boca tan solo salía un gemido que rozaba lo animal, dolor puro materializado en ondas de sonido. Los pasillos de hospital se volvieron en una carretera, y la carretera se volvió en el camino hacia el fin, el abismo para escapar de la nada. Eduardo conducía sin rumbo pero con un objetivo. Eduardo buscaba entre las curvas una oportunidad para echar a volar entre una expansión de trozos de asfalto, tierra y fuego. Andrea se había ido, Yasmina fue consumida, no había nada más que una carretera para realizar su huida. Parecía que se había convencido completamente, que todo se iba a terminar en ese automóvil, pero por alguna razón sin sentido, apareció una idea fugaz, una esperanza que a lo mejor podía hacer de ese final algo un poco más digno, algo un poco más hermoso. Apareció una señal de una zona de descanso. Estacionó el automóvil y se sentó en los asientos traseros. Puso la caja que le había dado el enfermero sobre sus piernas. El dolor no le había permitido abrirla, pero ahora esa

caja marrón era su única esperanza: lo último que podía quedar de Andrea. Tras encontrar tarjetas de apoyo y pequeños juguetes que sus amigos les habían enviado, encontró una libreta de estampado floral. Eduardo había visto a Andrea escribir en una libreta pero jamás se había molestado en preguntarle qué era. La abrió y se dejó llevar por sus escritos: «A trescientos años luz del planeta de los inconscientes, giraba un astro rocoso de color naranja: un planeta donde se levantaban y expandían grandes dunas en forma de furiosos oleajes. Las piedras volaban de un extremo a otro del mundo, rompiéndose entre ellas mismas, convirtiéndose cada vez en arena más fina. Así, las montañas más grandes de todas se dejaban deshacer por vientos, roces de un soplido interminable, brisas que dibujaban el aire de colores malvas y amarillos. Treinta soles eran suficientes para olvidar a la duna más grande de todas. Allí nadie era nadie, pues no había historia ni sucesos, tan solo un continuo movimiento. Un cielo de tonos violáceos se fundía entre rayos de oro rosado. La luz caía en forma de aros celestes, iluminando el sablón y la gravilla que surcaba aquel planeta. Aquel día la arena no dejó de golpear la tierra con su incansable vuelo, tampoco disminuyó su fuerza, seguía deshaciendo todo lo que se presentaba ante ella. Parecía que todo continuaba igual que antes, que la infinita y destructiva tormenta de arena de aquel planeta era lo único interesante que podía estar ocurriendo en ese cuerpo celeste. Pero las apariencias no son más que un juego de sorpresas, y aquel día no iba a ser una excepción. Fuerzas magnéticas, orbitales o espaciales hicieron de ese día una jornada más fría de lo normal. Una enorme roca que aún no había sido desgastada sufría el golpe de las piedras, pero al mismo tiempo creaba un pequeño espacio al que la arena no llegaba. La sombra de esa roca y la leve bajada de temperatura permitieron un pequeño invierno. Un invierno de seis días, en el que crecieron dos camelias: Lorea y Tristeia. De los ojos de Lorea brotaron dos lágrimas azules, y tras pestañear dos veces vio el mundo al que pertenecía: la arena destruía todo lo que tenía a su alcance. Vio cómo los protegía una enorme roca que tarde o temprano también sería desgastada. Comprendió que su vida era una cuenta atrás dependiendo de una roca. Poco después, Lorea, se percató de que tenía una hermana. Una hermana que parecía tener miedo a florecer.

– Dime, hermana, dime por qué no quieres extender tus

pétalos, dime por qué no quieres venir conmigo.

– ¿No lo oyes? ¿Acaso no puedes oír las piedras?

Este mundo es destructivo, no merece la pena verlo. No quiero abrir mis ojos ni dejarme deshacer en un lugar donde nada tiene vida y todo desaparece sin dejar rastro. Lorea pensó en lo que le acababa de decir Tristeza, y dejó caer dos perlas de dolor desde sus pétalos.

– Puede que sea destructivo pero tiene colores hermosos y en el cielo se dibujan remolinos y espirales doradas, que se atraviesan por rayos naranjas de un enorme e impresionante sol...

– Lo has descrito de manera fascinante, y ahora que sé lo bueno no quiero ver lo desagradable.

– Ni la oscuridad ni el mal son razones para retener tus pétalos. Hallarás belleza en aquello que encuentres por ti misma. Conoce y sonríe, Tristeza...

– ¿Para qué voy a vivir si el mundo ya me ha destrozado? ¿Para qué voy a abrir los ojos si estoy condenada a ser deshecha por la arena? ¿Para qué me esforzaré si con ello no haré nada? ¿Para qué ser algo si desapareceré por siempre?

– Para ti. La roca que las protegía estaba cada vez más desgastada.

– ¿Para mí? – Sí, Tristeza, para ti. Hemos aparecido entre toda esta arena, en medio de este mar de caos y destrucción. Entre el remolino interminable de una tormenta hemos nacido nosotras: pétalos de color y vida.

– Así es...

– Pues que sea la arena quien te consuma, y no tu miedo a florecer. Que sea una roca que vuele la que atraviere tu tallo y te haga perecer. No dejes que el miedo, el dolor o la injusticia retengan tu florecimiento. Disfruta por ti aunque sea por muy breves momentos. No seas tú misma la causa de todo. ¡Aunque el dolor más intenso de todos apareciera, aunque estuvieras tú sola en este planeta, debes dejarte disfrutar de ti misma, Tristeza!

Tristeza vio más allá de la arena, más allá del planeta, más allá del brazo galáctico del que colgaba su tristeza. Vio desde tan lejos el universo que dejó florecer sus pétalos. La arena, la roca, los rayos de oro rosado, el remolino continuo y las mareas de tonos dorados. Tristeza fue una flor, una camelia de invierno, el ser más hermoso del universo... fugaz y pasajero. Y así las dos flores fueron

consumidas por la arena, completamente destrozadas por el remolino y la tormenta. Lorea y Tristea jamás serán ni fueron, pues ya no giran ni sus restos en el astro de sablón y de tormento. Quien diga que aún existen miente, pues todo ocurrió a trescientos años luz del planeta de los inconscientes.»

Eduardo escondió la cara entre sus manos. Le daba tanta vergüenza pensar en lo que estaba planeando... Ahora lo comprendía todo, ahora sabía que debía volver a la carretera con un único destino: su hogar. En el coche se comenzó a reír. Le hacía tanta gracia que el universo fuera tan sencillo... Todo era cuestión de flores y esforzarse para conseguir una sonrisa. Pasó por una tienda y decidió comprar un árbol de camelias. Llegó a su casa, lo estaba consiguiendo: ya casi estaba sonriendo. Una lágrima escapó de su mirada al ver el árbol plantado en su jardín. Eduardo era feliz. Tres semanas después Eduardo iba al trabajo conduciendo. Pensaba en su futuro, sonriente, soñando con distintas oportunidades. Tan sumergido estaba en sus alegres pensamientos que ni se percató del fuerte sonido de un explosivo, ni de cómo se rompía el cristal de su ventana, y mucho menos de cómo una bala atravesaba su cabeza. Pronto iban a florecer las camelias, pero Eduardo había sido asesinado. Nadie sabía por qué o siquiera quién era aquel hombre al que habían disparado. Y no apareció en la televisión o en la prensa, a pesar de haber podido florecer dos veces, eso daba igual, ya que vivía en el planeta de los inconscientes.

El piano

Hugo Sanz Beaudry
Universidad de Oviedo

Llegué a Venecia en plena hora punta. Sumado a los descarados rodeos que hizo el taxista, me presenté con bastante retraso en la mansión de mi cliente. Él la llamaba mansión, pero más bien era un palacio renacentista. Estaba reformado y en perfecto estado, pero su antigüedad era evidente. Mientras llamaba al timbre, estaba pensando en cómo me disculparía, pero no hizo falta, porque el propio dueño de la casa me abrió la puerta agradeciéndome el haber aceptado el trabajo y apenas me dejó hablar. Una vez dentro me condujo hasta mi habitación.

– Menos mal que ha venido, creí que se había echado atrás.

– ¿Cómo iba a hacer tal cosa? La oferta es muy tentadora.

En efecto, iba a pagarme bastante bien, ofrecirme alojamiento en su propia casa y yo solo tenía que restaurar un piano. Tengo que reconocer que la oferta me extrañó al principio, pero achaqué las convincentes condiciones a mi prestigio profesional.

– Esta es su habitación. En tiempos de mis antepasados solían dormir aquí los músicos protegidos por mi familia, pero hace mucho tiempo de eso. Le dejo, seguro que quiere descansar del viaje. Recuerde que está invitado a cenar con nosotros esta noche.

– Muchas gracias.

La habitación, en el segundo piso, tenía un balcón con vistas al gran canal, un par de cuadros en la pared y cuarto de baño propio. Era la habitación contigua a la de mi cliente, y a ambas se accedía por un salón por el que habíamos pasado. Supongo que me había dado la habitación del músico para que estuviese cerca del salón, pues allí estaba el piano que restauraría. Dejé mi equipaje y me senté en la silla de mi escritorio. Este era obviamente obra de un magnífico artesano. Mientras admiraba su diseño, vi unas manchas negras. Parecían un pentagrama con algunas notas.

Después de cenar y de que la familia de mi cliente se fuese

a dormir, hablé con él del trabajo.

– Señor Foscarini, hay algo que me ronda la cabeza desde que me contrató. ¿Por qué tiene tanto interés en que haga el trabajo?

– El piano ha estado en mi familia desde hace mucho tiempo y le tengo cariño, pero nunca lo he oído sonar correctamente. Un simple capricho sentimental.

– No me refiero a eso. Ya he echado una ojeada al piano y no está en tan mal estado. Está bastante viejo y tiene algunos daños que parecen hechos intencionadamente, pero el trabajo es fácil. No puede ser que en toda Venecia no haya restauradores con suficiente talento y tenga que hacerme venir a mí. Y sus condiciones son irrechazables, nunca me habían pagado tanto. ¿Por qué yo?

Mi anfitrión mantuvo silencio durante un tiempo, pensando qué contestar.

– Todos los restauradores locales conocen la leyenda acerca de mi piano. Y todos los que han trabajado con él, incluidos los más escépticos, acaban creyendo en ella y marchándose de aquí. Ni siquiera las lujosas condiciones que me veo forzado a ofrecer por norma general los retienen. No le he contratado por su prestigio, fue porque sabía que le gustan las leyendas y la mitología. Investigué su perfil de facebook antes de contratarle.

Preocupado por no parecer un excéntrico ante mi cliente, me apresuré a contestar:

– No piense que creo en tales cosas, es una especie de pasatiempo, es una temática bonita y recurrente en todas las manifestaciones del arte, comprenda que...

– Tranquilícese, – me interrumpió– no voy a juzgarle por sus creencias, solo pensé que su afición a la mitología ayudaría a que se quedase.

– Gracias, no creo que ninguna leyenda me haga huir de un piano.

Entonces, dos preguntas vinieron a mi mente. Formulé la primera intentando no ofender a mi huésped.

– ¿Usted cree en la leyenda?

– No.

Guardó silencio y siguió hablando en voz más baja.

– Este piano es una de mis posesiones más preciadas, ha estado en mi familia durante siglos y muchos coleccionistas me han

ofrecido sumas astronómicas por él, pero, si creyese que la leyenda es cierta, lo destrozaría aquí mismo y quemaría sus restos.

Cuando terminó, hice mi segunda pregunta, aunque ahora me arrepiento de haberlo hecho.

– ¿Qué cuenta la leyenda?

Él negó con la cabeza al principio, pero tras reflexionar para sus adentros, resopló.

– Se la contaré, se enterará de todas formas y a fin de cuentas solo es una leyenda.

Cogió aire y empezó.

En el año 1722, Hans llegó a la Serenísima República de Venecia. Pese a la belleza del lugar, el sitio no le agradó. Habría preferido quedarse en su Viena natal, pero su padre había insistido. En uno de sus viajes como comerciante, había entablado amistad con los poderosos Foscarini y, ahora, estos habían accedido a darle un trabajo como pianista. Hans consideraba un fracaso no poder encontrar trabajo en su propia ciudad y que su padre tuviese que recurrir a sus más lejanas amistades, pero se había resignado.

Cuando fue recibido en casa de los Foscarini, fue conducido hasta su cuarto, conectado con el salón del segundo piso. Dejó su escaso equipaje allí y observó el gran canal por la ventana.

– Menuda ciudad, siempre mojada.

Esa misma noche iba a dar un pequeño concierto a su mecenas, así que echó una ojeada más a las partituras que había compuesto para la ocasión.

Cuando llegó el momento del concierto, el matrimonio y sus dos niños lo esperaban en el salón. A Hans le hubiese gustado probar el piano antes, pero el tiempo se le había echado encima revisando las partituras. Las colocó sobre la negra madera de ébano del piano. Las miró pese a que las conocía de memoria. Re corchea, re corchea... Levantó las manos y empezó. Se detuvo al instante sorprendido de lo desafinado que estaba el piano. Había sonado como un do bajo. Miró a las teclas y vio que, en efecto, había tocado un do bajo. Avergonzándose de su extraño error, volvió a empezar prestando más atención. Re, re, incorporación de la mano izquierda, silencio... los primeros compases sonaron alegres bajo sus dedos y, entonces, otra vez ese largo do bajo. Su mano izquierda debería

haber tocado un re, pero lo curioso era que había tocado el do con la mano derecha, mucho más alejada. Se disculpó por la interrupción y volvió a empezar, teniendo especial cuidado con el do bajo. Tocó los primeros compases y llegó a una parte en la que debía tocar un do bajo. Empezó a mover la mano derecha, pero su gran concentración le permitió rectificar a tiempo y tocarlo con la mano izquierda. Terminada la duración del do, se dispuso a continuar, pero pulsó un acorde equivocado. Presa de los nervios y temeroso de disgustar a sus espectadores, siguió como si nada, a fin de cuentas la pieza era suya y nadie la conocía. Pero entonces cometió otro fallo y después otro y otro. Cuando reunió suficiente concentración para seguir, el llanto de uno de los niños lo interrumpió. Miró molesto al menor de ellos. Lo que acababa de tocar no era muy bonito, pero llorar era una exageración. Para su sorpresa, era el mayor el que lloraba, mientras que el pequeño parecía haber disfrutado la música, a juzgar por su expresión.

– ¿Qué te pasa, Marco? ¿Por qué lloras? – preguntó la madre.

– La música me da miedo.

– Bueno, tranquilo, vete a dormir. Tú también, Pietro.

El pequeño puso cara de fastidio pero obedeció. Hans se volvió de mal humor hacia el piano, mira que ponerse a llorar por algo así... Se dispuso a tocar para acabar de una vez, pero el do bajo sonó nada más empezar. A duras penas se contuvo de no lanzar maldiciones contra el piano.

– Lo siento, señor, creo que yo también tengo que irme a dormir. No he parado de cometer fallos, el viaje debe de haberme cansado más de lo que pensaba. Prometo tocar mejor mañana.

– Eso espero, mañana recibo a un amigo y no me gustaría tener que enviarte de vuelta con tu padre tan pronto.

Hans se despidió y se fue a dormir. Tenía que estar descansado el día siguiente, su padre no le perdonaría tal fracaso. Ya en la cama pensó acerca de lo sucedido: no era normal equivocarse tanto y menos siempre en la misma nota. Además una nota tan alejada de la mano derecha. ¿Tendría alguna lesión en el brazo que se lo inclinaba hacia ese sitio? No le parecía posible, pero tendría que preguntar a un médico. Por otra parte, los errores cometidos después del do exigían otra posición de manos. Es más, parecía que había un poco de armonía en su secuencia de errores.

Seguramente se habría cruzado con alguien silbando una melodía pegadiza y no se la había quitado de la cabeza. La explicación no parecía muy convincente, pero le bastó a Hans para conciliar el sueño.

Al día siguiente, se despertó a altas horas de la mañana, completamente recuperado del cansancio del viaje. Pasó el resto de la mañana ensayando con el piano y para su frustración, volvió a escuchar algún do fuera de lugar, en ocasiones seguido de las notas que había tocado el día anterior. Sentía un impulso de tocar el do bajo, como si una fuerza invisible le moviese las manos hasta esa tecla. Pero el impulso desaparecía en cuanto la tocaba, para ser sustituido por el de tocar otra y así sucesivamente. Podía resistirlo perfectamente, pero era algo que le molestaba a lo largo de toda la interpretación y si se despistaba un poco, siempre empezaba a tocar esa extraña melodía.

– Como pille al que estuviese silbando...

De todas formas, se había equivocado mucho menos que la noche anterior y estaba seguro de poder hacerlo bien esa noche, o al menos de poder disimular sus fallos.

Llegada la noche, Hans fue llamado para empezar el concierto. Empezó a tocar, casi más concentrado en evitar el do bajo que en la partitura que se sabía de memoria. «No es tan difícil». Pero ese pensamiento llegó acompañado de un do bajo y este de sus notas sucesivas características. Se detuvo molesto, pero se dio cuenta de cómo su mecenas cogía aire y la ira asomaba a su rostro. Se apresuró a seguir tocando lo que fuese para apaciguarlo. Por supuesto, tocó un do bajo y, antes de pensar en lo que estaba haciendo, siguió tocando la inevitable melodía. Comprendió que en ese momento era mucho más difícil resistirse que por la mañana y que no podría tocar su partitura sin equivocarse. Además, con su mecenas malhumorado, no podía permitirse más fallos. «Improvisaré». Pero la obra ya estaba compuesta y él la estaba interpretando a la perfección. Lo único raro era que nunca había visto la partitura. Siguió tocando, abandonándose a su instinto, a esa fuerza que lo guiaba, al piano. Porque, en efecto, sabía de alguna forma que era el piano el que le guiaba. Miró a su mecenas sin dejar de tocar y observó su expresión de desagrado ante la música. Ese maldito noble inculto... Hans reconoció que la música no le había gustado al principio, pero ahora que la estaba tocando entera...

¿cómo podía alguien resistirse a tal belleza?

– Puedes dejar de tocar, gracias.

«¿Qué?» Nadie le diría cuando debía parar. Seguiría tocando y aprovecharía a que su mecenas durmiese para matarle. Sería un favor a la música. Súbitamente, su huésped se levantó y le dio un empujón. Se cogió al asiento para no caerse y tuvo dos impulsos. El primero fue seguir tocando antes de que la melodía no se pudiese arreglar. El segundo fue coger el puñal que el noble llevaba al cinto y matarle allí mismo. Se contuvo cuando ya tenía la mano estirada a medio camino, aunque no sabía de qué. ¿Qué se suponía que estaba haciendo? ¡Había planeado matar a su mecenas por no haberle dejado terminar una pieza!

– Retírate a tu habitación.

Fue lo único que le dijo. Hans agachó la cabeza y obedeció. Antes de dormir analizó lo sucedido. Pese a su rechazo inicial, la pieza misteriosa era muy bonita, aunque había algo que lo inquietaba. Empezó a comprender al niño al que la música había asustado. ¿De dónde había salido esa pieza? No podían ser simplemente fallos, pues siempre eran los mismos y, además, formaban una pieza bien estructurada. «No podría tocar algo así improvisando, puede que ni siquiera componerlo». La opción de la melodía silbada también fue descartada. «No se puede silbar con tanta precisión, en algún momento toqué ocho notas a la vez». Y si la hubiese escuchado en un concierto se acordaría. Una pieza así se reconocía fácilmente. Se levantó, encendió una vela, cogió papel y tinta e intentó transcribirla. No llegó mucho más lejos del do bajo. Hizo como si tocaba en la mesa, pero no le ayudó. Intentó saltarse algunos compases, pero tampoco supo cómo transcribir los siguientes. Tras pensar durante un tiempo, no llegó a ninguna conclusión y guardó el papel. Al levantarlo, vio con disgusto que la tinta había atravesado el papel y se había quedado en una parte en la mesa. Intentó quitarla, pero ya estaba seca.

– De todas formas, seguro que mañana me envían de vuelta a casa...

Por la mañana, Hans se alegró de no haber desecho su equipaje. Pero para su sorpresa, su mecenas no lo echó. Estaba de mal humor, pero la pieza misteriosa había agradado mucho a su invitado, por lo que había decidido esperar antes de echarlo.

Además, le había prometido que Hans le daría un concierto completo en unos días. «Seguro que no se lo habría tomado tan bien de haber sabido lo que planeé» se dijo el músico para sus adentros. El haber tenido esos pensamientos seguía aterrorizándole.

– Muchas gracias por esta segunda oportunidad, señor Foscarini. Prometo darle un buen concierto esta noche.

– No, no. Hoy no te necesitaré. Te aconsejo que visites la ciudad.

La idea no entusiasmó a Hans, pero accedió por no llevarle la contraria. Salió a dar un paseo y pronto empezó a admirar la arquitectura. A mediodía le entró el hambre, así que entró en una panadería donde le compró a una anciana un delicioso bollo.

– Está riquísimo.

– Muchas gracias.

En ese momento entró una niña en la tienda.

– Hola, ¿me puede dar un bollo, por favor?

– Claro que sí, Sofía. ¿Qué tal en el coro?

– Bien, pero nos hizo cantar mucho y ahora estoy cansada.

– Este *prete rosso*...

Hans se sorprendió con ese apodo.

– ¿*Prete Rosso*?

– Sí, joven, ¿no ha oído hablar de él?

– No, acabo de llegar a esta ciudad.

– Es un gran músico. A estas horas se le puede oír tocando el órgano. Sofía, ¿puedes enseñarle a este señor dónde está el maestro Vivaldi?

La niña asintió y, tras despedirse de la panadera, hizo un gesto a Hans para que la siguiese. Este obedeció, y la niña le guio hasta una iglesia. El músico le dio una moneda a la niña.

– Muchas gracias, y no te la gastes ahora mismo en otro bollo.

Empujó la puerta y entró en la iglesia. Una absorbente melodía lo recibió. No tardó en relacionarla con su propia melodía misteriosa, aunque estaba claro que no era la misma. Usaba los mismos infrecuentes acordes y la velocidad era similar. Tocó un largo do bajo y terminó. Era la hora de comer, por lo que la iglesia estaba casi vacía. Se acercó temeroso al hombre que acababa de interpretar su pieza al revés. Hans estaba casi seguro de que había escuchado eso. «O a lo mejor estoy obsesionado». Subió las viejas

escaleras y llegó hasta el organista.

– Perdón, buenos días. ¿Es usted Vivaldi?

El organista se sobresaltó. Evidentemente no lo había visto ni oído acercarse.

– Buenos días. Soy yo, Antonio Vivaldi. ¿Qué le trae aquí a estas horas?

– He escuchado lo que tocaba y me llamó mucho la atención. ¿Lo ha compuesto usted?

Su interlocutor pareció dudar antes de responder.

– Sí. ¿A qué viene tanto interés?

Esta vez fue Hans quien dudó antes de responder. Miró a la partitura empezando por el final y leyendo al revés. La partitura era muy complicada y leerla así dificultaba las cosas, pero parecía que, en efecto, era la suya invertida.

– No piense que estoy loco. Yo también soy músico y desde hace un par de días no puedo evitar tocar cierta pieza. Estoy hablando literalmente. Cada vez que empiezo a tocar el piano las notas vienen a mí y dejo lo que esté interpretando en ese momento para tocar la pieza de la que le hablo.

Vivaldi parecía realmente preocupado y se le quebró la voz antes de conseguir preguntar.

– ¿Qué tiene que ver eso conmigo y con mi composición?

– La pieza que siempre toco es la misma que la suya, pero al revés. ¿Cómo puede ser eso?

El organista asintió, como si ya supiese la respuesta. Bajó la voz antes de responder.

– No vuelva a tocar ese piano nunca más. Se lo digo por su propio bien, obedézcame antes de que sea demasiado tarde.

– ¿Por qué?

– Yo no compuse la pieza que toca, pero un día que conseguí un violín nuevo empecé a tocarla también. Mis dedos se trababan y siempre acababa tocando la misma pieza. Al principio podía resistirme, especialmente de día, pero cada vez era más difícil. Un día la toqué entera, pensando que todo terminaría, pero empecé otra pieza y después otra. No sé cuánto tiempo estuve tocando ni qué habría sido de mí de no ser por el sacristán. Me zarandé porque ya era la hora de cerrar la iglesia y eso me salvó. Sabía que algo malo pasaba con ese violín, pues esto no me pasaba con ningún otro instrumento, así que después de lo sucedido decidí

romperlo. Pero no pude, no reuní suficiente fuerza de voluntad. A duras penas lo dejé aquí y evité llevármelo a casa para seguir tocando.

Hizo una pausa, estremeciéndose.

– Y al día siguiente, libre del hechizo, ¿lo rompió?

– ¿Libre del hechizo? La música ya estaba dentro de mí, no puedo escapar. Por eso debes evitar el piano antes de que sea tarde. No tengo ni idea de dónde han salido estos instrumentos, ni de cuántos hay, pero sacan lo peor de cada cual. Te atrapan con su música hasta convertirte en un monstruo.

– Usted no me da esa impresión.

– He aprendido a combatirlo. Fue difícil, pero transcribí las partituras y las invertí. Las tocó en instrumentos alejados de la mano del diablo y me ayuda a resistirme, pero no dejo de pensar en mi violín. Él me llama, quiere que lo toque para controlarme, pero debo evitarlo, hago cosas horribles cuando lo toco...

Vivaldi empezó a toser violentamente.

– ¿Se encuentra bien?

– Sí. Parece que tengo una enfermedad en los pulmones, pero estoy seguro de que este lugar santo me sienta mal.

– ¿A un hombre del santo oficio?

– A un hombre infectado por el mal de esos instrumentos.

Perdone, pero necesito descansar.

– Por supuesto, pero antes de marchar, ¿puede darme una copia de las partituras invertidas? Intenté transcribir la pieza, pero me resultó imposible.

– Ahora no tengo ninguna copia más y mañana tengo que hacer un pequeño viaje, pero a mi vuelta se la daré. Aunque espero que para entonces el piano no suponga un problema para usted. ¿Dónde podré localizarlo?

Hans se lo dijo y, tras despedirse, se marchó. ¿Sería verdad lo que le había contado? Sabía que algo raro estaba pasando, pero esa historia parecía excesiva. Una música que te cambiaba y acompañaba para siempre... ¿No podía haber oído antes la pieza que tocaba Vivaldi, y su mente, por alguna extraña razón, haberla invertido? ¿No podía ser la pieza tan pegadiza que no pudiese dejar de tocarla? ¿No podía ser el músico un charlatán? Había entrado en la iglesia sospechando razones sobrenaturales, pero, ahora que las encontraba, se resistía a creerlas. Y, por otra parte, si dejaba de

tocar el piano, ¿qué haría? Foscarini no compraría otro piano y él tendría que volver a Viena, convertido en una decepción para su padre. Si todo resultaba ser verdad no tendría otro remedio, pero debía esperar a confirmarlo. Además, era posible resistirse al maligno influjo del piano, solo tenía que aguantar hasta que Vivaldi le diese una copia de las partituras. De todos modos, no tenía ganas de acercarse al piano ese día, así que siguió con su visita a la ciudad. Llegó tarde a casa y se durmió sin volver a pensar en el tema. El día siguiente fue similar, excluyendo la conversación reveladora. Al volver a casa tras el tercer día de molicie, su huésped le habló.

– No sé muy bien cómo funciona el mundo de la música, pero aunque no te haya pedido ningún concierto en los últimos días, creo que no deberías dejar de lado el piano. ¿No tienes que componer o ensayar? Recuerda que mañana debes dar un concierto a mi amigo.

– No lo he olvidado, señor, pero creo que puedo estar unos días de relajación sin que mi talento se resienta.

– Haz como quieras. Siempre y cuando toques bien cuando te lo pida, no me importa lo que hagas. De todas formas, todavía puedes ensayar mañana. Mi amigo llegará casi por la noche.

Esto preocupó a Hans, Vivaldi le había dicho que era más fácil resistirse de día y él lo había comprobado. ¿Debía dar ese concierto? No tenía más opción. Renunciar a dar ese concierto era volver a casa. Además, se suponía que aguantaría unos días antes de sucumbir. «Espero que el viaje no sea muy largo». Entonces, un atisbo de esperanza apareció en su mente.

–¿No sería más cómodo para su amigo que yo tocara en su casa? Si me dice donde vive, a mí no me molestaría ir allí.

– Es una buena idea, pero él no tiene piano. Tranquilo, no hay problema en que toques aquí. Yo me voy a dormir, buenas noches.

– Buenas noches.

Hans también se fue a dormir. «Mañana tengo que estar en forma para dar el concierto».

A Hans el día siguiente le pasó rápidamente preparándose para el concierto. Repasó sus partituras por si conseguía interpretarlas, tocó un poco el piano haciendo fructíferos esfuerzos

por evitar el do bajo e incluso intentó transcribir de memoria la pieza infernal. Fracasó. Vivaldi había demostrado que era posible, pero no que fuese fácil. Poco antes de que llegase la noche, su anfitrión le habló. Estaba muy elegantemente vestido y parecía apresurado.

– Mi familia y yo hemos sido invitados a cenar. Ha sido un personaje importante, así que esta noche no podré ver a mi amigo.

«Menos mal, supongo que cancelará el concierto y eso le dará tiempo a Vivaldi a volver».

– He avisado al servicio y todos saben lo que tienen que hacer y cómo recibir a mi invitado. Tú concéntrate en tocar. Mañana hablaré con él, espero que le guste tu concierto.

Un poco después, sonó el timbre. Hans estaba cerca de la entrada, así que fue a recibirle junto a una doncella. Esta abrió la puerta.

– Buenos días, señor.

– Hola, llama a Foscarini.

– Le ha surgido un compromiso y no estará aquí esta noche. Pero no quería que os perdiérais el concierto, lo ha dejado todo listo. Acompañe al músico hasta el piano, por favor.

– Claro que sí, vamos.

Se encaminó a las escaleras, no sin antes dar una libidinosa palmada bajo la espalda de la joven. Esta se giró enfadada hacia él, pero se contuvo de actuar. El noble se rió.

– ¿Qué vas a hacerme?

– Se lo diré a mi señor.

– Muy bien, es amigo mío y tú solo una criada. Aunque te creyese no movería un dedo. Y no me enfades o hablaré con él para que te despida. Vamos, músico.

Mientras subían al salón del piano, Hans sintió lástima por la joven. «Pero no hay nada que pueda hacer, mi posición ya es bastante inestable». Llegó hasta el piano, dispuesto a terminar el concierto lo antes posible. Esperando a que su espectador tomase asiento, un mal presentimiento lo asaltó. Quizás no debería tocar, a fin de cuentas. Quizás el piano era más poderoso que el violín, quizás Vivaldi sabía resistirse mejor que él, quizás sucumbiría esa misma noche... El noble tomó asiento y lo miró pidiendo que empezase. «Si me alargo demasiado, él me sacará del trance, igual que hizo el sacristán». Empezó tocando el do bajo. Había tenido la mente tan ocupada que no se había concentrado en evitarlo. Ya era

tarde para intentar tocar otra pieza, llegaría al final y entonces tomaría una decisión. Volvió a atender al piano y comprobó que ya había tocado algunas notas sin darse cuenta. El ritmo infernal se asentó en su cabeza y sus dedos siguieron moviéndose antinaturalmente. No solo la invisible partitura era extraña, también lo era la forma de tocarla. Tocaba algunas notas con la mano más alejada, como el do bajo, golpeaba las teclas con violencia y en ocasiones cruzaba los dedos de ambas manos entre sí. Pero, lejos de complicarle la interpretación, esta forma de tocar le parecía más cómoda. Se sentía ligero, preparado para volar. A medida que tocaba, el rechazo a la melodía iba desapareciendo, pese al conocimiento de la naturaleza de esta. «Voy a sucumbir. Tengo que terminar esta pieza y tocar las mías lo antes posible». Intentó tocar más rápido, pero se dio cuenta de que no sabía las notas. El piano le dijo el acorde en el momento justo y no le dijo lo que venía a continuación del silencio hasta que este acabó. Intentó un último acto de rebelión intentando tocar una nota distinta a la que ordenaba el piano, pero este último lo avasalló rápidamente. Hans no consiguió desviarse en nada de la partitura fijada. Llegó al final sin mostrar más resistencia y tocó con violencia el último acorde. «Ahora tengo que procurar no volver a equivocarme». Pero sus manos ya se disponían a tocar otra impía pieza. Sabía que no lograría tocar notas distintas a las que quisiese el piano. Intentó apartar los brazos para romper el trance antes que seguir tocando, pero sin resultado. Se sentía lleno de fuerza, pero había dejado de tener control sobre su cuerpo. Vio como empezaba a tocar y que sus manos se movían como si fuesen de otra persona. Las notas volvieron a aprisionarle y las garras de la música se ciñeron sobre su ser. Esta segunda pieza transmitía aún más maldad que la anterior. Era menos agresiva, pero más mezquina.

Hans intentó mover alguna parte su atezado cuerpo. Pero los pies siguieron tocando los pedales, las manos las teclas y la cabeza siguió mirando el piano. Reuniendo toda su fuerza de voluntad, giró los ojos levemente a la izquierda. Vio cómo su espectador disfrutaba del concierto. «¿Qué clase de monstruo es para que le guste esta música?». Debería haber escuchado a Vivaldi. ¿Sería tarde ya? Volvió a atender al piano y comprobó, sin sorpresa ya, que sus elucubraciones no lo habían impedido seguir tocando sin equivocarse. ¿Cuánto tiempo había pasado? Sabía que

iba por la segunda pieza y tocaba cada nota en el momento justo, pero su noción del tiempo había desaparecido. Con esfuerzo, volvió a girar los ojos y observó que las velas apenas habían ardido. Había pasado muy poco tiempo, por lo que todavía le quedaban muchas piezas por tocar. Siguió interpretando partituras invisibles y descubriendo tipos de mal. Ya había perdido la cuenta de lo que había tocado y el cansancio físico empezaba a hacer mella en él. Terminó la pieza que estaba tocando y se resignó a empezar la siguiente, pero no fue así. ¿Había llegado al final? ¿Se habría roto el hechizo? Aprovechó la pausa para descansar y tomar aliento. Intentó levantarse, pero sus piernas no reaccionaron. Entonces se dio cuenta de lo que pasaba. A lo largo de la última pieza, su cansancio casi le había hecho equivocarse en varias ocasiones. Su voluntad estaba sometida, pero su cuerpo seguía teniendo límites. Tocar violentamente le había agotado, de hecho ya había sobrepasado lo que creía que era su límite. El piano quería que tocara correctamente, así que le dejaba descansar, pero no alejarse.

– Fantástico.

El espectador aplaudió con entusiasmo. Hans intentó darle las gracias, pero la voz no le salió. Se limitó a sonreírle.

– ¿Me dejas probar?

La idea de alejarse del piano agradó a Hans, pero, previsiblemente, no consiguió levantarse y cederle el asiento. Tampoco consiguió pronunciar ninguna disculpa.

– He dicho que me dejes probar.

Ante el silencio de Hans, se levantó y se dirigió hacia el piano. En ese momento, el descanso terminó y empezó a tocar. El noble, indignado, lo arrojó al suelo y dio un puñetazo en las teclas, arruinando la pieza.

– ¡Que me dejes tocar, musicucho!

La ira se apoderó de Hans. Se irguió rápidamente levantando la banqueta en el acto y golpeó al noble con ella. Este, aturdido por el golpe, no pudo defenderse del siguiente, dirigido a su cabeza. Cayó inconsciente al suelo, pero Hans siguió golpeándole en la cabeza hasta que esta quedó irreconocible. El reciente asesino contempló a su víctima. Poco a poco fue tranquilizándose y empezó a sentir culpabilidad. «No, se lo merecía, interrumpió mi pieza». Poco a poco, empezó a entrar en razón y a comprender que el piano

se había apoderado de él otra vez. Había sido igual que cuando su mecenas lo había empujado. ¿Por qué todos sus espectadores lo empujaban? ¿Tendría que ver algo el piano o era mala educación de la nobleza veneciana? Y si era lo primero, ¿tan poderoso era el piano como para volver agresiva a la gente sin tocarla, solo por el sonido? Se preocupó por sí mismo. Había sucumbido muy rápidamente, se había liberado con suerte. Y pagando un alto precio. Miró de nuevo a su víctima. No le había caído bien, pero desde luego, matarlo era una exageración. Se había convertido en un asesino, un monstruo como había dicho Vivaldi... ¿Le habría pasado lo mismo a él? Unos pasos que se acercaban lo sacaron de su ensimismamiento. Ya habría tiempo para sentirse culpable, ahora corría el riesgo de que lo descubriesen. ¿Pero cómo esconder el cadáver, la sangre y los demás fluidos esparcidos? No se le ocurrió nada antes de que la persona que se acercaba llegase a la habitación. Era la doncella de antes. Esta ahogó un grito al ver lo sucedido y empezó a retroceder.

– ¡Espera! No te haré daño. Puedo explicarlo...

Se dio cuenta de que no podía hacerlo sin parecer loco.

– Vale, no puedo explicarlo, pero te juro que no soy un psicópata y que no te haré daño. Por favor, no me delates.

Cuando ella consiguió hablar, lo hizo llena de miedo.

– Estoy agradecida, odiaba a ese hombre y no podía hacer nada contra él, pero no quiero tener nada que ver con un asesinato. Prometo no delatarte, pero no me mezcles en esto.

Ambos se tranquilizaron y empezaron a perder el miedo a un grito delator o a un asesinato.

– Muchas gracias. ¿Puedes ayudarme a librarme del... del cadáver?

– No. Si quieres, puedo evitar que el resto del servicio venga aquí, en la medida de mis posibilidades, pero no me voy a encargar de eso.

– Vale, te estoy muy agradecido. No te mezclaré más en esto.

La doncella empezó a alejarse y Hans a pensar cómo eliminar las pruebas.

– Espera, ¿puedes traerme un juego de sábanas y mantas? Ella asintió y se fue.

Hans se secó el sudor de la frente. Había cortado el cadáver en trozos de tamaño poco sospechoso y los había arrojado envueltos al gran canal desde su ventana. Lógicamente, había observado que no hubiese nadie en la calle antes de tirar cada pieza, pero el peso de algunas partes y la tensión le habían agotado. Además, había tenido que limpiar la sangre que se había derramado. No quedó limpio, pero no se reconocía que fuese sangre. Escuchó cómo su mecenas volvía a casa y preguntaba por su amigo. Le pareció oír a la doncella responder que lo había visto marchar. Aliviado, se fue a dormir y empezó a sufrir pesadillas cargadas de temor y culpabilidad.

Al día siguiente, Hans se despertó con una fiebre muy alta y dificultades para respirar. Intentó levantarse, pero no tuvo fuerzas. Estaba muy enfermo. Pasó el resto del día delirando y durmiendo. Días después tuvo recuerdos de la visita de un médico, pero en el momento no se dio cuenta. Entre sus pesadillas, había algunas que se repetían con mucha frecuencia. En una de ellas, un reino era asolado por la vegetación. Los habitantes intentaban cortarla, pero esta se resistía y venía matando a muchos de ellos. Algunos árboles abrían una boca llena de fuego verde en su tronco y devoraban a sus víctimas. Al final, los hombres conseguían someterlos y talarlos para construir instrumentos musicales. Después, aparecían tocándolos, pero de los instrumentos salían enredaderas que aprisionaban y estrangulaban a los músicos.

En otra de sus pesadillas, él aparecía tocando el piano en un teatro enorme. Estaba dando un concierto con otros músicos. Entre ellos estaba Vivaldi tocando el violín. Todos tocaban una pieza perfectamente compenetrados. Entonces, Hans se daba cuenta de que la pieza era la misma que empezaba con el do bajo. Miraba al público y veía que estaba compuesto de esqueletos, demonios y seres inencontrables. Todo el teatro estaba tallado en el interior de un árbol negro gigantesco. Horrorizado, miraba a sus compañeros, pero solo veía unos seres grotescos tocando los instrumentos. Descompuesto, se apoyaba en el piano con una mano. Una mano deformada y con garras.

Su última pesadilla recurrente no contenía elementos sobrenaturales, o al menos nada que no hubiese visto despierto. Pero le inquietaba especialmente por su cercanía con la realidad. Él

estaba enseñando a tocar el piano al hijo menor de su mecenas y el niño parecía disfrutar mucho. Pero su hermano llegaba para molestarle y el pequeño, airado, cogía la banqueta y la usaba para matarle. Lo que más le preocupaba era que el menor había disfrutado cuando oyó la pieza infernal poco después de que él llegase. ¿Eran los sueños un mero producto de su preocupación o había algo más?

Con los días, su enfermedad fue remitiendo y las pesadillas desapareciendo. Ya había supuesto el significado de sus pesadillas, con excepción del principio de la primera, pero tuvo una nueva, mucho más confusa. Había dos niños saltando en un diván y se escuchaba música muy cerca. Hans no la reconoció, pero la intuición onírica le aseguró que era del gran Antonio Vivaldi. A medida que la música seguía sonando, los niños saltaban más en el diván, cada vez más alto, cada vez más ligeros. Apenas necesitaban hacer fuerza para elevarse hasta el techo y tardaban mucho en volver a bajar. Entonces, el padre de los niños se acercaba al mayor y le hablaba. «Está bien, conoces al músico de Vivaldi, pero ¿conoces al monstruo de Vivaldi?». La angustia se apoderaba del niño, que miraba por la ventana como, al lento ritmo de la música, una horda de los grotescos engendros de su pesadilla anterior se acercaban a la casa.

Hans se despertó asustado, pero también confuso. Confuso por la fama de la que gozaba su amigo en el sueño, por la extraña construcción verbal que había usado el padre para referirse a los engendros y por la recurrencia de estos en sus sueños. ¿Qué significado tendría este sueño? Miró a su alrededor y le agradó comprobar que seguía en su habitación. No sabía cuánto tiempo había estado enfermo, pero ahora la fiebre había desaparecido. Se sentía mucho mejor y se levantó sin problemas. Comprobó que ya era mediodía y que había pasado una semana desde la desaparición del amigo de su mecenas. Este último lo llamó después de almorzar.

– ¿Quería verme?

– Sí, tengo un trabajo para ti. No pude pedírtelo antes porque estabas enfermo, pero me gustaría que enseñases a tocar el piano a mi hijo menor. Se puso muy triste cuando se enteró de que se había perdido tu concierto. Le gusta mucho tu música, así que me pareció buena idea que fueses su profesor y que le interpretes tus

piezas. Yo seguiré pidiéndote conciertos, pero mientras tanto puedes hacer esto.

Siguieron un rato ultimando detalles y, al final, cuando Hans iba a despedirse, el noble le dio un sobre.

– Llegó para ti mientras estabas enfermo.

– Muchas gracias.

Fue a su habitación y abrió el sobre. Contenía muchas partituras. Buscó una que acabase en do bajo y la leyó al revés. Por fin, Vivaldi había vuelto y le había dado las partituras invertidas. También tenía una carta en la que el músico insistía en sus consejos y le mandaba saludos. Lleno de felicidad empezó a tocar una de ellas. Inmediatamente notó la resistencia del piano. Pero consiguió mantener su mano derecha alejada del do bajo. El sol brillaba y las partituras surtían efecto. Al poco tiempo, consiguió tocar olvidándose de cualquier influencia maligna. Había olvidado cuánto le gustaba la música y tocó largo y tendido. Por una vez, él había sometido al piano. Por un momento, dejó de preocuparle que tuviese que dar clase esa noche.

Hans apartó las manos del piano. Había vuelto a tocar la pieza infernal. Y era de día. Llevaba más de un mes dando clases a Pietro y el hecho de tocar tan a menudo el piano lo estaba afectando. Cada vez necesitaba tocar durante más tiempo las partituras invertidas para no sucumbir. Pese a hacerlo, seguía siendo muy difícil resistirse, incluso de día. Su salud también se estaba deteriorando. A menudo le costaba respirar y sentía que, durante los conciertos, la ropa le oprimía, como si fuese demasiado pequeña. Aunque las pesadillas recurrentes habían desaparecido, su sueño se estaba resintiendo y todos los días tenía ojeras. «Esto al menos será a causa del estrés y no del piano». En efecto, sufría un gran estrés. Había una investigación acerca de la desaparición del amigo de su mecenas y, pese a que apenas avanzaba, Hans tenía miedo de salir de casa. Además, durante las clases, el hermano de Pietro había ido a molestarle un par de veces. No había sucedido nada extraño, pero Hans no dejaba de pensar en su sueño. ¿Quién sabía si la siguiente vez sucedería? «Quizás no es una premonición o quizás es simbólica» se decía para tranquilizarse, pero no se quitaba el miedo de encima. «Todo esto es demasiado,

tengo que ir a hablar con Vivaldi, quizás volver a Viena». Se levantó para ir a la iglesia, pero le asaltó la tentación de tocar el piano. Con esfuerzo, se alejó del piano y salió de casa, pero la tentación seguía en él. Notó cómo el piano lo llamaba a lo largo de todo el trayecto.

Por fin llegó a la iglesia. Si no recordaba mal, a esa hora podría hablar con el músico. Entró y empezó a toser. «El sitio tampoco me sienta bien a mí.» Se acercó hasta el cura. Este lo vio venir y lo saludó. Tras una pequeña charla banal, pasaron al tema ineludible.

– ¿Sigue tocando ese piano?

– Sí.

– Tiene que dejarlo cuanto antes. Va a ser demasiado tarde.

– Creo que ya lo es. Pensé que con las partituras podría resistir, pero es demasiado poderoso. Hace más de un mes, antes de recibir las partituras, me controló por completo. Fue igual que como me contó usted. Fue terrible, no podía dejarlo.

– ¿Llegó al final? ¿Alguien lo interrumpió?

Hans empezó a temblar, y parecía a punto de llorar.

– Sí, tenía un espectador. ¡Y lo maté! Me poseyó la furia del piano por ser interrumpido y no pude hacer otra cosa.

– Tranquilícese, no fue su culpa. Los instrumentos son poderosos.

Hans empezó a llorar como un niño. Toda la culpabilidad, presión y angustia de esos días habían llegado a su límite.

– Pero... lo maté.

– Lo sé y le comprendo. Yo también maté al sacristán que me salvó. Es algo con lo que tendremos que vivir para siempre, pero no fue nuestra culpa. Son los instrumentos.

– ¿Se refería a esto cuando decía que le convertía en un monstruo?

Vivaldi se mordió el labio, indeciso.

– No. Hablaba de algo mucho peor.

– ¿Aún hay más?

– Sí, pero espero que usted no lo descubra nunca. Hágame caso de una vez y váyase de aquí.

– No puedo volver a Viena. Mi padre me encontró este trabajo. ¿Qué dirá si vuelvo sin razón aparente?

– No lo sé, pero seguro que no es tan grave como caer en poder del piano. Míreme a los ojos. Sé de lo que hablo y todavía

quedan cosas más horribles que las que ha visto. Váyase.

– ¿Por qué usted no se ha ido de aquí si es tan terrible?

– Lo hice varias veces, pero ya era tarde. El violín me llamó desde la distancia y yo no pude resistirme. Por eso usted debe hacerme caso lo antes posible. No puedo huir ni luchar contra él.

Entonces, Hans tuvo una idea.

– Yo romperé su violín. Dígame dónde está y lo haré. No espero que usted entre en casa de Foscarini y haga lo mismo con mi piano, por supuesto.

– Estaría dispuesto a hacerlo si fuese necesario, pero prefiero no ganarme la enemistad de una familia tan poderosa. Sería más fácil que renunciase usted a su puesto.

– Tiene razón, pero necesito un poco de tiempo para prepararme. Es una decisión muy importante. Y, ¿qué me dice acerca de lo de su violín?

Vivaldi pareció sentirse incómodo con la pregunta. Empezó a negar con la cabeza y a revolverse en su asiento, pero finalmente, con la mirada desenfocada, habló y le dijo dónde guardaba el violín. Hans se acercó al armario indicado y lo abrió. Allí estaba el violín, otro instrumento infernal. Lo sorprendió el color, no era negro como su piano o como los demás instrumentos de sus sueños. «Habré soñado que todos eran iguales por haber visto solo al mío». Levantó el violín y miró a su amigo. Se le notaba incómodo. «Seguro que el violín está intentando poseerlo para salvarse». Decidió poner un fin rápido al sufrimiento de Vivaldi y estrelló el violín contra el suelo. Estaba hecho. Buscó la felicidad en el rostro de su amigo, pero este empezó a toser violentamente. Cayó al suelo retorciéndose de dolor.

– Aguante, voy a llamar a un médico.

Hans se dispuso a salir corriendo, pero Vivaldi consiguió hablar entre toses.

– Una última cosa... no toque el piano... ningún concepto...
31 octubre.

Volvió a sumirse en su crisis de tosidos. Hans asintió y fue en busca de ayuda.

Esa noche, Hans reflexionó acerca de todo lo ocurrido. La clase de piano había sido especialmente dura y casi había sucumbido. Tras acabarla, se había acostado directamente. Seguía

preocupado por su amigo. El médico había dicho que con un poco de reposo se pondría bien, pero era preocupante la posible relación con el violín. Por otra parte, romper el violín había sido demasiado fácil para ser algo tan trascendente. ¿No podía habérselo pedido a otra persona antes? «Quizás el violín le impedía pedirlo». Era sorprendente la influencia que podían llegar a tener los instrumentos. Pero el violín no le había dado la impresión de poder que tenía cada vez que tocaba el piano. «¿Estaré tan acostumbrado que ya la paso por alto?». No, la había notado mientras tocaba el piano. Podía ser que el violín fuese más débil y que por eso Vivaldi hubiese conseguido decir el escondite. Poco convencido, recordó que este le había dicho que no tocarse bajo ningún concepto el piano el 31 de octubre. ¿Serían más poderosos los instrumentos en esa fecha reverenciada desde antaño? De ser así, ¿qué relación habría? De todos modos, eso era al día siguiente. Vivaldi había hecho un gran esfuerzo por decírselo, debía de ser muy importante. Buscaría cualquier excusa, pero seguiría el consejo. Eso le recordó que tarde o temprano debería seguir el otro consejo. «Si voy a tener que volver a Viena, que sea cuanto antes. Mañana encontraré un pretexto y lo prepararé todo. Puede que así me libre de tocar el piano». Tras tomar la decisión, durmió mucho más a gusto de lo que había dormido esos días.

Al día siguiente, habló con el señor Foscarini y le explicó que, por motivos personales, debía volver a Viena. Le agradeció mucho la oportunidad y se despidió efusivamente.

– Está bien. Enviaré a alguien para que le ayude a recoger sus cosas. Espero que volvamos a vernos en el futuro.

Hans empezó a hacer las maletas. «Por fin la pesadilla terminará». Poco después, llegó la doncella de la otra noche a ayudarlo. Trabajaron en silencio, pero, cuando terminaron, Hans le habló.

– Muchas gracias por no haberme delatado. Espero que le vaya muy bien.

Esta asintió.

– Gracias. Le deseo lo mismo, no pienso que sea un mal hombre pese a...

La interrumpió.

– Gracias.

Cuando estaba a punto de salir, le volvió a hablar.

– No toque este piano nunca. En serio.

Y bajó las escaleras dispuesto a abandonar la ciudad para siempre, pero, al abrir la puerta, la lluvia le sorprendió. «Sería ridículo que esta llovizna me impidiese huir del piano». Pero por otra parte, parecía que iba a dejar de llover pronto. Esperó un poco, pero la lluvia se intensificó y Hans empezó a arrepentirse de no haber marchado antes. «En algún momento amainará». Se quedó a comer con el servicio doméstico y contempló cómo la lluvia seguía cobrando fuerza. «¿Tendrá que ver algo el piano o es mala suerte?». Por la tarde, estaba dispuesto a marcharse lloviese lo que lloviese, pero su mecenas le disuadió.

– Empezar un viaje en estas condiciones puede ser peligroso. No descartaría que hubiese desbordamientos en muchas partes de la ciudad. Además, no creo que encuentres un medio de transporte en estas circunstancias. Y te desaconsejo realmente ir a pie.

– Pero, planeaba irme hoy.

– Puedes quedarte una noche más aquí, no creo que tengas tanta prisa.

La idea de dormir una noche más bajo el mismo techo que el piano, le provocó pavor a Hans. Se esforzó por pensar en alguna manera de salir de la ciudad, pero no encontró manera de escapar del piano. «Si no lo toco, no creo que pase nada».

– Muchas gracias, esperaré a mañana.

Subió al segundo piso para mirar por última vez al piano que le hacía huir de la ciudad. Lo miró temeroso desde cierta distancia. Pese a su maldad, era bonito. Estaba bien tallado y la madera negra parecía de buena calidad. Sin embargo, dudaba de que fuese ébano. Se acercó, temiendo que, como en su sueño, saliesen enredaderas del piano. No pasó nada. Pasó el dedo por las teclas, pero sin hacerlas sonar. No percibió la maldad de otras veces. ¿Y si todo habían sido imaginaciones suyas? ¿No podía estar loco? ¿No podía ser Vivaldi un embustero u otro loco? ¿Qué pruebas tenía de la maldad de los instrumentos? Sueños, historias de alguien a quien apenas conocía... Era verdad que las piezas coincidían, pero ¿demostraba eso todo? ¿No podía ser que hubiese oído la pieza de Vivaldi antes y que su mente enferma la hubiese invertido y reproducido? No se debía subestimar a la locura o al inconsciente. ¿Sería una estupidez volver a Viena? Podía tocar el piano una

última vez para comprobarlo. Acercó lentamente la mano derecha al do bajo. Sacudió la cabeza y se alejó rápidamente del piano. No, no tocaría el piano, no sucumbiría a los engaños. Había experimentado el poder del piano y sabía que era real. Esas explicaciones podían convencer a alguien que no lo hubiese vivido, pero no a él. Ante el fracaso del engaño, el piano ejerció su influencia más directamente, casi físicamente. Poco a poco, Hans se fue acercando sin controlar su cuerpo. «Otra vez no». Intentó resistirse, pero el poder del piano era avasallador. Todavía no era de noche y ni siquiera estaba en contacto con el piano, pero no pudo evitar estirar los brazos. Levantó el pie derecho para salvar la poca distancia que quedaba entre él y el piano. Se concentró en el pie izquierdo y consiguió levantarlo antes de bajar el derecho. Se cayó hacia atrás y el golpe rompió el hechizo. Se giró en el suelo y salió corriendo hacia las escaleras. Cuando ya estaba en el primer escalón, el piano lo volvió a llamar, pero consiguió llegar abajo y empezar a hablar con alguien para no pensar en el piano.

No subió al segundo piso durante el resto del día, pero aun así sintió fuertemente la llamada del piano. Especialmente cuando subía al primero, por lo que pronto dejó de hacerlo. Al parecer, el piano perdía fuerza con la distancia. Hans recordó con pavor que el violín había ejercido su influencia sobre Vivaldi desde ciudades distintas. «Pero yo me voy a otro país y habré estado poco tiempo con el piano. Solo debo aguantar hasta mañana por la mañana». Finalmente, llegó la hora de dormir y el músico se dio cuenta de que para llegar a su habitación debía atravesar el salón del piano. Pensó en dormir en un sillón abajo, pero sería muy difícil dar una explicación creíble si le preguntaban por su comportamiento. Subió a su habitación y cruzó el salón lo más alejado del piano que pudo. Con cierta dificultad, llegó a su destino y cerró la puerta. Lo había conseguido. Se metió en la cama y empezó a dormir.

Hans se despertó aturdido. Seguía estando oscuro y le daba la impresión de haber dormido muy poco. A medida que despertaba, oyó la ya familiar pieza infernal. Completamente alerta, se dio cuenta horrorizado de que estaba sentado en la banqueta y que estaba tocando. Sintió que la ropa lo oprimía y que le costaba respirar. Apenas había resistido el influjo del piano sin contacto y de día, y

ahora era de noche y lo estaba tocando. Deseó que fuese una pesadilla, pero tenía la certeza de que no lo era. Siguió tocando sin poder evitarlo, pieza tras pieza. Nadie se despertó molesto para decirle que parase, pero, en cierto modo, ya esperaba que pasase algo así. Esta vez no lo salvarían. Recordaba las partituras invertidas, pero dudaba de que consiguiese mover los dedos. Se concentró con todas sus fuerzas en la partitura, aunque sus manos no dejaron de tocar la partitura infernal. Apretó los dientes con furia. Pese a todo, podía mover el rostro, no como la vez anterior. Las horas de partituras invertidas surtían efecto, aunque fuese pequeño e inútil. Ni siquiera podía hablar o gritar. «Debería haber escuchado a Vivaldi antes». La rabia lo inundó. Su amigo se había esforzado tanto por alejarlo del piano y ahora iba a sucumbir. Y no solo el músico se había esforzado por él, también su padre lo había ayudado a seguir su carrera musical. Incluso su mecenas había tenido una gran paciencia con él. Aunque a veces la ayuda lo hubiese acercado al piano, todo el mundo se había esforzado por él, pero ahora se iba a convertir en un esclavo del piano a causa de su falta de voluntad. “No puede vencerme, sólo es un montón de madera”. Pero no podía dejar de tocar lo que le ordenase. Cogió aire y liberó toda su rabia de la única manera que pudo. Un gesto simple y normalmente irrelevante, pero lleno de sentimiento, capaz de atravesar la densa red de música infernal. Un silbido. Pensó en el apoyo de sus amigos de Viena, y volvió a silbar. Recordó que el piano lo había hecho asesinar a alguien, pero que aun así la doncella lo había ayudado. Continuó silbando repetidamente. «Antonio Vivaldi, tu ayuda no será en vano». Se descubrió silbando la primera partitura invertida. Pese a no poder silbar todos los acordes, la pieza surtía efecto. Lentamente, el control sobre sus manos se fue debilitando, hasta que dejó de tocar. ¡Había roto el hechizo! Sin dejar de silbar, se levantó y cogió un candelabro cercano. Empezó a golpear el piano con toda su furia hasta que sintió que aparecía el mareo. Desconociendo si podría resistirse al piano sin silbar, se alejó corriendo y salió del palacio. Seguía lloviendo con mucha fuerza, pero no dejó de correr en ningún momento hasta que llegó a la puerta de la iglesia.

Empapado, se paró a reflexionar. Había salido corriendo para huir del piano y había ido a la iglesia por instinto. Siempre había visto a Vivaldi allí, pero esta vez era muy tarde y debía de

estar en su casa. No sabía dónde vivía, por lo que no podía ir a buscarlo. “Puede que no sea necesario. Si no vuelvo a casa por el resto de la noche, no creo que vaya a tener problemas”. Pero con la lluvia que había y lo mojado que estaba, tenía que encontrar un sitio para pasar la noche y secarse. Empujó desesperanzado la puerta de la iglesia y, para su sorpresa, se abrió. Entró y comprobó que había algunas velas alumbrando el interior. Pero lo más preocupante, fue escuchar una pieza infernal. No le era muy familiar, pero supo que no era una invertida. Miró las velas y comprobó que se movían al ritmo de la música. Reconoció que era música de violín. «No puede ser, lo rompí». Dudando de que hubiese roto el violín adecuado, se acercó a la fuente de la música. Vio una forma pobremente iluminada moverse cerca del altar. Acercándose lentamente, encontró jirones de ropa. Entonces vio la fuente del sonido y todo resto de explicación racional desapareció de la mente de Hans. La espantosa imagen sacada de sus pesadillas atrajo toda su atención. Comprendió que el violín se había apoderado de Vivaldi. En ese momento y cuando le había preguntado por la ubicación de este. Comprendió todo el poder de los instrumentos y que sus sueños apenas habían sido simbólicos. Y comprendió el destino que lo hubiese esperado de no haber roto el control del piano. Huyó, pero movido únicamente por el instinto de supervivencia, pues su mente no volvió a funcionar hasta que al día siguiente lo encontraron enfermo e inconsciente en la calle. Todo ese tiempo había estado pensando en la imagen que había visto esa noche. La terrible imagen de un ser grotesco de tres metros, idéntico a los de sus pesadillas, con una piel como el cuero y ataviado con la desgarrada sotana de su amigo, tocando un violín negro.

Mi cliente terminó de contar la leyenda. Todavía pensando en la leyenda, le di las gracias por habérmela contado y las buenas noches. Antes de dormir, sentí un escalofrío al pensar que trabajaría con ese piano. Lógicamente, no pensé que la leyenda fuese verdad, o al menos en lo relativo a la maldad del piano. Lo narrado no había sucedido hacía demasiado tiempo, así que algo de verdad debía de tener. Me sorprendieron las apariciones de Antonio Vivaldi y pensé que debían de ser un añadido posterior a una leyenda ya existente. Hans seguramente había existido. Los daños causados al piano bien

podían haber sido hechos con un candelabro y yo mismo había visto las manchas de tinta en el escritorio, pero esto no demostraba la presencia de elementos sobrenaturales. Tal y como el propio Hans había llegado a pensar, debía de estar loco y sufrir alguna obsesión con una pieza. Pero era difícil distinguir hasta qué punto era locura y hasta qué punto leyenda. Sentí una gran curiosidad por saber si las partituras invertidas habían existido y, de ser así, si se conservaban, pues en la leyenda no explicaban cómo eran las «piezas infernales». La única información que tenía era la que estaba en el escritorio, y eran muy pocas notas. ¿Serían piezas normales vistas así por un loco? ¿Serían acordes muy extraños para la época? ¿Serían las partituras invertidas algunas de las piezas de Antonio Vivaldi que conservamos? ¿Sería casualidad que Antonio Vivaldi muriese en Viena, la ciudad de Hans? Lleno de preguntas, pero cansado por el viaje, me dormí. Esa fue la última vez que dormí sin tener pesadillas. Al día siguiente, las explicaciones racionales de la noche anterior se esfumaron, y con ellas mi tranquilidad y mis ganas de seguir trabajando allí, pues, al intentar tocar un *la* para comprobar lo desafinado que estaba el piano, comprobé horrorizado que había tocado un *do* bajo.

El cementerio de Venecia

Hugo Sanz Beaudry
Universidad de Oviedo

Bajo el espectral brillo de la luna y el infernal graznar de las aves, Pietro contempló cómo la tierra del cementerio se abría dejando salir las llamas del infierno, lamiendo las deterioradas cruces de las tumbas. El dolor de su pierna empapada en sangre se intensificó cuando una cruel risa atravesó la fría noche. Las llamas se apartaban para abrir el paso a los esqueletos de todos los que habían sido enterrados allí, mientras estos estiraban sus amarillentos y viejos brazos. La tierra no cesaba de vomitar a los habitantes del inframundo y cuando Pietro se giró para escapar ya estaba rodeado de llamas y muertos estrechando el cerco. Entonces se clavó en su brazo una esquelética mano a la que le faltaba el meñique.

– Es hora de que me acompañes...

Pietro despertó soltando un grito e incorporándose en su cama. La cama estaba empapada de sudor y todavía era de noche. Se asomó al balcón y contempló su hermoso tesoro: la Serenísima República de Venecia. Formaba parte del Tribunal Supremo desde mediados del siglo XVIII, pero su poder iba más allá. El dux no tomaba ninguna decisión sin consultar con él, no importaba lo que dijese los demás consejeros, los dos otros miembros del Tribunal eran poco más que sus marionetas e incluso el Consejo Mayor lo temía por su influencia y uso frecuente de la casi olvidada pena de muerte, él era Pietro Foscarini, *// Rosso*.

Por la mañana, se vistió con su túnica roja y se encaminó a una reunión del Tribunal Supremo, le gustaba andar vestido así por la calle infundiendo temor entre los que lo veían, recordándoles que podía acabar con cualquiera de ellos en cualquier momento, provocándoles porque sabía que ninguno se atrevería a decir o a hacer nada. De camino a la reunión tomó un rodeo para pasar cerca de un sombrío callejón. Siempre había frecuentado ese mugriento callejón con su hermano mayor cuando eran pequeños, no era el

sitio más seguro para dos niños, pero ellos estaban dispuestos a correr cualquier riesgo con tal de comer un bollo caliente de la panadería que ahora veía abandonada. Nunca olvidaría cómo era el comer esos bollos sentados en los taburetes que les dejaba la amable y anciana dueña de la tienda, que los quería como a los hijos que nunca tuvo. A medida que crecían, no dejaron de frecuentar aquel lugar y charlar con la dueña que felicitó llena de orgullo a Marco, el hermano de Pietro, cuando se enteró de que iba a ser nombrado miembro del Tribunal Supremo. Lo primero que comió tras el nombramiento fue un bollo caliente en la panadería. Pero antes de que le llegase el turno a Pietro, la dueña murió tras una vida excepcionalmente larga. Siguieron frecuentando ese sitio en sus paseos nocturnos, a veces juntos y otras por separado, a pesar de que tras la muerte de la dueña la panadería había quedado abandonada. Incluso su hermano murió ahí asesinado por unos sicarios. Por entonces los dos eran miembros del Tribunal Supremo, así que Pietro usó el pretexto de la muerte de su hermano para abrir una investigación que encerró a muchos inocentes (todos enemigos políticos) e incluso amenazó al dux con el destierro, con lo cual aprendió a temerle. Incluso declaró culpable al miembro restante del Tribunal y lo condenó a muerte. Con el poder del que gozaba se aseguró de que fuesen sus títeres los dos nuevos elegidos como miembros del Tribunal Supremo. El verdadero culpable nunca fue encontrado.

– Ni lo será nunca.

Se dijo para sí. La muerte de su hermano lo había convertido en el hombre más poderoso de Venecia, pero aquel secreto podía hacerle tambalearse. Por fin llegó al lugar de reunión, sus dos marionetas ya le estaban esperando con sus túnicas negras. Tras tratar algunos temas de poca importancia, pasaron al tema principal: su red de espías había descubierto una conspiración de los Contarini y los Bragadin junto a algunos burgueses para asesinar al dux y conseguir el control de la Signoria, el máximo órgano del poder veneciano, ni siquiera él había conseguido dominar las tres partes. De momento solo controlaba el Tribunal Supremo y ejercía su influencia en el dux, pero el consejo menor se le escapaba y estaba en poder de los conspiradores. Si estos conseguían colocar a su dux, su propia posición peligraría y seguramente su vida a menos que encontrase pruebas contra ellos, pese a todo su poder

necesitaba algún fundamento para acabar con ellos, por pequeño que fuese. Tras llamar al jefe de sus espías y darle sus órdenes levantó la sesión. Cuando se disponía a emprender el regreso de vuelta a casa, se les acercó un mensajero:

– Tribunal Supremo, debo daros una trágica y terrible noticia. Esta mañana, mientras comía, el dux ha muerto.

– ¡¿Qué?! Ha sido un envenenamiento, no hay duda...

– El funeral se está empezando a preparar a fin de elegir al nuevo dux lo antes posible. Se celebrará en un par de días.

– Muy bien, muchacho, puedes retirarte.

Más les valía a sus espías encontrar pruebas rápidamente. Durante el resto del día estuvo preocupándose por la muerte del dux y todo lo que eso conllevaba, sin embargo, cuando se durmió sus preocupaciones eran de otra índole.

Estaba de pie en el callejón de la panadería y enfrente de él estaba su hermano, con la misma edad con la que había muerto, ahora era más joven que Pietro.

– ¿Qué haces aquí Marco? Estás muerto.

– Y tú sabes quién ha sido el culpable.

– Unos sicarios... te asesinaron por la noche...

– ¡Fuiste tú! Tú los contrataste.

– No, hermano, no fui yo...

Entonces desapareció el callejón y se encontró en el cementerio de la otra noche, a las afueras de ciudad, en el que yacía enterrado Marco. Retrocedió un paso y tropezó con una tumba, tenía su nombre escrito y según la fecha de defunción iba a morir en dos días.

Despertó. Era verdad, su hermano lo sabía, el que había contratado a los asesinos era él. Lo había planeado todo de antemano, la acusación del dux, la ejecución del otro miembro, el convertirse en el hombre más poderoso colocando a sus marionetas... y todo pasaba porque su hermano fuese asesinado. Había contratado a los asesinos y les había dicho los sitios por lo que solía pasar su hermano en sus paseos, esa noche paseaban separados y cuando Pietro pasó por delante del callejón escuchó un forcejeo. Se asomó a ver y comprobó que el jefe de los sicarios empuñaba una daga mientras sus dos ayudantes sujetaban a Marco. Este lo vio.

– ¡Ayuda, Pietro, me van a matar!

Pero este no se movió. El jefe se acercó con la daga en alto, pero Marco consiguió librarse de un matón y con su brazo libre golpeó al otro y esquivo la daga que se dirigía a su cuello. Intentó escapar por un lado del jefe, pero este lo atacó a la cara, Marco puso una mano para protegerse pero la daga le cortó el meñique, ciego de dolor, no vio cómo uno de los ayudantes se acercó y le clavó su daga en la espalda. El jefe lo apuñaló por delante un par de veces y se dirigió a Pietro, Marco le habría dicho que huyese de poder hablar pero observó que su hermano y su asesino estaban hablando.

– Ya hemos cumplido nuestro trabajo, ahora páganos.

– Os pagaré mediante un mensajero tal como habíamos acordado. Buen trabajo.

Y se alejó tranquilamente. Creía que Marco no lo había oído, pero al parecer así era, y ahora su espíritu quería venganza. Qué tontería, Marco estaba en el más allá y todo esto era solo fruto de su mente y preocupación. Eran pesadillas nada más.

Por la mañana pretendía ir hasta el callejón de la panadería para tranquilizarse, pero un mensajero lo esperaba.

– Señor, hay una reunión importante de la Signoria, venga cuanto antes.

Tendría que solucionar sus quimeras personales a la vuelta, ahora tenía asuntos reales que atender. La reunión fue larga e intensa, pero al final sus enemigos consiguieron elegir al próximo dux, tal como se temía. Al día siguiente se celebraría el funeral del antiguo dux y el nuevo tomaría el poder el próximo día. No llegaría a ese día según la inscripción de su tumba, se dijo, pero se obligó a apartar ese pensamiento de la mente. Su destino pasaba por el hecho de que sus espías encontrasen pruebas incriminatorias a tiempo, con eso podría al menos desterrar a sus enemigos, lo cual salvaría su posición. Antes de volver a casa preguntó al jefe de sus espías sobre su investigación, obteniendo la respuesta de que todavía no habían conseguido nada. Volvió a casa, pero antes entró en el callejón y contempló la panadería. Sus ventanas estaban llenas de polvo. Quitó el polvo de una de ellas y miró a través de ella, pero la luna estaba casi llena y proporcionaba suficiente luz como para verse reflejado. A él y a una figura detrás de él. Se giró y esquivó la puñalada de un hombre. Estaba borracho y apenas se mantenía en pie por sí mismo por lo que lo desarmó fácilmente. Lo

contempló, era el jefe de los sicarios que habían asesinado a Marco.

– ¿Quién te envía?

– Marco Foscarini, busca venganza...

– Marco está muerto.

– Tú pronto lo estarás, tu hora se acerca, mañana morirás.

¿Qué está pasando aquí?

Pero el hombre se desmayó. Esa noche las pesadillas volvieron a quitarle el sueño, no era posible tanta coincidencia, el mismo callejón, el mismo hombre, el hecho de que sus sueños coincidiesen con los delirios de ese borracho. Por si fuera poco iban a enterrar al dux en el mismo cementerio que a Marco, lo había dejado muy claro antes de morir. Al igual que Marco, pensaba que era mucho más bonito ese cementerio en plena naturaleza que el de la ciudad. La iglesia ya estaba en ruinas y no se usaba, solo el cementerio para los que tenían la ocurrencia de ser enterrados allí.

Por la mañana fue el encargado de comunicar a la gente la muerte del dux:

– El dux ha muerto, no la Signoria.

Los murmullos se elevaron entre la gente, pero eso no le importaba, ya tenía suficientes problemas con Marco y con el hecho de que sus espías no encontrasen pruebas. El día fue pasando y llegó la tarde, momento en el que enterrarían al dux. El cortejo se encaminó a las afueras y él, forzado por su cargo lo acompañó. Poco antes de salir de la ciudad un hombre tropezó con él, era el jefe de sus espías que había fingido tropezar con él para entregarle un sobre.

– Señor, este sobre contiene las pruebas que me pedisteis. Con tanta información incluso el más insignificante de los jueces podría condenarlos.

– Muchas gracias.

Se separaron como si no se conociesen. Pese a tan buena noticia estuvo nervioso durante el funeral, ese lugar lo ponía nervioso. Los árboles se alzaban amenazadores cerca de la iglesia abandonada, pero sobre todo le preocupaba la tumba de su hermano que veía desde su posición. Cuando todo terminó volvió a su casa directamente. Todavía tenía tiempo antes de dormir, pero tras lo de la noche anterior no le apetecía dar un paseo nocturno y menos acercarse al callejón. Decidió leer las pruebas de las que dependía su cargo. Metió la mano en el bolsillo pero no encontró

nada, tras registrarse sin éxito la preocupación lo asaltó, no era posible que se lo hubiesen robado, nadie sabía que lo tenía ni lo que contenía el sobre. Volvió a registrarse los bolsillos y encontró una espina de zarza en el bolsillo en el que había guardado la carta, también un desgarrón. Ese tipo de zarza era la que crecía en el cementerio. ¿Era posible que una de esas zarzas lo hubiese desgarrado el bolsillo y se le hubiese caído la carta? Era difícil y llegaría bastante tarde al cementerio, pero valía la pena correr el riesgo por ese sobre.

Cuando llegó, la luna llena brillaba en lo alto y proyectaba su luz a través de las ruinas que se erguían al lado de Pietro. El cementerio tenía dos puertas, esa tarde habían usado la principal para no tener que pasar por la iglesia, que conectaba directamente con el camposanto, pero Pietro no tenía necesidad de dar el rodeo. Cruzó el umbral bajo la atenta mirada de cuervos y lechuzas, lo estaban vigilando, no había duda. Se acercó al crucifijo rodeando el altar, pues de repente un miedo supersticioso lo había asaltado. Tocó la tosca cruz de madera podrida, ya desprovista de ornamentos, pero esta se rompió por donde estaban los tres clavos superiores, girando con el clavo inferior como eje y deteniéndose al impactar en su pierna, provocándole una herida sangrante. No podía ser... la cruz había quedado boca abajo, era un mal presagio.

Pensó en huir rápidamente, pero antes tenía que recoger el sobre. Entró en el cementerio y tras acercarse unos pasos al lugar en el que se había producido el funeral tropezó con una lápida y cayó al suelo. Era la tumba de Marco Foscarini. Se levantó a duras penas mientras oía una risotada cruel. Entonces vio el sobre cerca de las zarzas. Se acercó, pero un temblor sacudió la tierra abriendo profundas grietas, estiró la mano para cogerlo y salir corriendo. En ese momento una llamarada salió del suelo quemando el sobre. Pietro se olvidó de lo que eso representaba, solo quería salir del cementerio. Se dio la vuelta y se produjo una nueva sacudida. Bajo el espectral brillo de la luna y el infernal graznar de las aves, Pietro contempló cómo la tierra del cementerio se abría dejando salir las llamas del infierno, lamiendo las deterioradas cruces de las tumbas. El dolor de su pierna empapada en sangre se intensificó cuando una cruel risa atravesó la fría noche. Las llamas se apartaban para abrir el paso a los esqueletos de todos los que habían sido enterrados allí, mientras estos estiraban sus amarillentos y viejos brazos. La

tierra no cesaba de vomitar a los habitantes del inframundo y cuando Pietro se giró para escapar ya estaba rodeado de llamas y muertos estrechando el cerco. Entonces se clavó en su brazo una esquelética mano a la que le faltaba el meñique.

– Es hora de que me acompañes...

– No, Marco, no...

Pero la tierra y el fuego ya se estaban cerrando sobre su cabeza mientras los muertos lo arrastraban hacia el infierno.

A la mañana siguiente nadie encontró ni rastro de Pietro y tras una ardua búsqueda se lo dio por muerto, tomando como fecha de defunción el día del entierro del dux, dato que hicieron constar en la tumba vacía que le construyeron a lado de la de su hermano, sin que nadie supiese nunca lo que pasó en ese cementerio.

El arte total

Laura Rodríguez Ramos y Hugo Sanz Beaudry
Universidad de Oviedo

La deplorabilidad de las cosas naturales provoca en mí el aborrecimiento del mundo. No es cuestión de *pertenecer o no pertenecer*, sino de *ser o no ser*. Yo soy mundano en el sentido más culto posible del término, y si maté a mi compañero no fue por gusto: el gusto es del vulgo, yo me muevo por estética.

No me molesta que me hayan condenado a muerte, lo que me molesta es que lo hayan hecho unos ignorantes sin sentido del arte, movidos por cuestiones prácticas. «Si permitiésemos cometer asesinatos a todo el mundo, la especie humana se extinguiría». ¿Qué me importa eso a mí? Yo no soy todo el mundo y mi asesinato no tuvo nada que ver con los demás.

Mucha gente dice que la ópera es el arte total, pero eso es porque no vieron mi obra. Si alguien con sentido artístico hubiese admirado el contraste entre su piel blanca y su sangre roja, el relieve de sus huesos quebrados, la expresividad de su rostro o la fuerza de su voz, me daría la razón.

«¡Gilles, detente, por favor!» ¿Cómo pudo pedirme tal cosa? Dejar inacabada tan sublime obra de arte... Si se hubiese contemplado en el espejo que coloqué con ese fin, seguro que me habría pedido que siguiese. Él también era un artista, debería haber comprendido que su sacrificio era necesario para crear una obra de arte tan hermosa. Tampoco me agrada la idea de su muerte, pero, sin duda, ha valido la pena.

Mi abogado ha intentado que mi «crimen» sea perdonado a causa de mi locura. Me he negado. Yo no estoy loco. Soy perfectamente consciente de lo que he hecho y de por qué lo he hecho. Todo ha sido premeditado con la cabeza fría. No tengo nada que ver con esas bestias incapaces de controlarse.

De todas formas, le estoy agradecido. Ha conseguido que pueda decidir yo mismo el modo de mi ejecución. Si con un artista mediocre como mi amigo he podido conseguir algo tan sublime, no

puedo ni imaginarme qué conseguiré conmigo. Esta nueva obra eclipsará a la primera y renovará lo que los sabios entienden por arte. El verdugo será uno de los hombres más felices del mundo al realizar la complicada serie de procesos que las musas ya me han sugerido. Pero no le envidio, el placer que experimentaré al convertirme en obra de arte será superior al de cualquier persona. ¡No puedo esperar a que llegue el día de mi sublimación!

Entre Avilés y Oviedo, febrero de 2016

Eleonora

Sergio Martínez Rey y Laura Rodríguez Ramos
Universidad de Oviedo

Acunada por el placentero rumor del tren, cierro los ojos junto a la cristalera, manteniendo aún fresca en mi retina la afable imagen del paisaje soriano. El sueño se aproxima entre suaves colinas mecidas por la brisa grata y bondadosa, atrayendo consigo al pequeño Machado de mi alma, que sabio y cauteloso, se sienta frente a mis iris pardos, contemplándolos ensimismado. Algo le ocurre... Lo mejor será preguntarle.

Y cuando le pregunto, sus ojos despiertan la tormenta de mi vida y me sonríen, inundadas las ventanas del mirar: nadie como él sabrá lo que es amar y ser juzgado. La brisa castiga los lomos del gigante y sucumbe a valles de lágrimas por aquella mujer, princesa de un reino sin horizonte, pletórico en la distancia tumultuosa de las montañas nevadas, allí, a lo lejos del camino, estaba ella.

Y yo le pregunto, de nuevo, si es el tiempo obstáculo para la vida, y me responde un quejumbroso *sí*. Muere una rosa en la distancia. Y yo le pregunto, entonces, si es el tiempo un obstáculo para el corazón, y me responde una brisa fresca: *no*. Nace un lirio a la vera del Duero, se revuelven las corrientes que guían su ir y venir en la noche noctámbula.

Somos poesía sobre prosa caminando verbalmente hacia la verdad del amor, y la pluma que me acecha tras los párpados cansados llama para salir, pero no sale todavía. Late bajo la piel, se sacude en sus raíles la serpiente modernista y me desintegro en aquel viaje hacia el paraíso: el cielo se abre a mis espaldas.

El poeta, ante mí, saca de su bolsillo una libreta azul y la llena de minutos y minuterios: *¿son un canto a la nostalgia?* Él calla y mira, cansados los ojos, por los balcones. Murmullo de brisa marina a punto de atravesar las rocas, y cantos de aves oleadas, y salitre, y qué diferente veía él todo aquello tras la sequía, con la óptica de la riqueza y el calor, allá, bajo un limonero que aún florecía en primavera, y seguía marchitándose en invierno.

¿Son un canto a la memoria? Me mira. Me teme y huye, de vagón en vagón, corro tras él con urgencia: comienza a salir gente de los lados. Cantan en su honor miles de versos, le dedican el silencio cumplido, recatado. Lo dejan descansar, pero yo, yo, yo corro y lo pierdo entre la gente, yo me desespero y me espero, recobro, y vuelvo a empezar el camino a la nada, lo llamo por el nombre ficticio que le he dado, y lloro porque no lo recuerdo. Porque no recuerdo su nombre.

De pronto, un golpe.

Próxima parada, Oviedo, anuncia, chirriante, una voz mecánica desde la lejanía: ni rastro del poeta.

Entre Gijón y Avilés, a 2 de marzo de 2016

